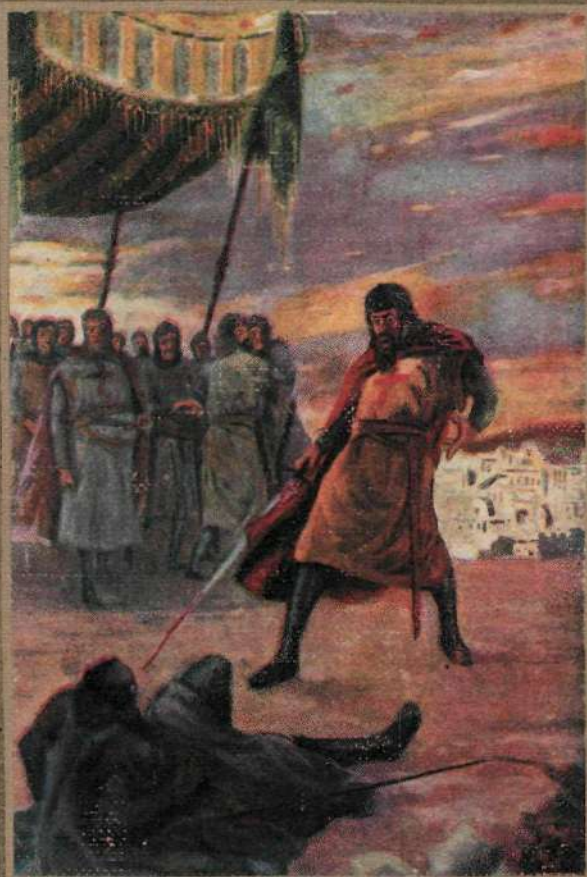


JERUSALEN LIBERTADA



PAGINAS BRILLANTES

Carmen Pz

Popita Compañy
Alicante

27 Septiembre 1933

1.000

LA
JERUSALÉN
LIBERTADA

OBISPADO DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT

El Censor,

Fr. Modesto de Mieras

O. M. C.

Barcelona, 5 de Mayo de 1926

IMPRÍMASE

José, Obispo de Barcelona

Por mandato de su Excia. Ilma.

Dr. Francisco M.^a Ortega de la Lorena

Canciller Secretario

DC	DE
Carmen Ruiz	
Brauo-Villasante	

C.B.V.
G-10

PÁGINAS BRILLANTES
DE LA HISTORIA

TASSO

LA JERUSALÉN LIBERTADA

ADAPTADA PARA LOS NIÑOS
POR JOSÉ BAEZA

Con ilustraciones de Fco. L. SALAS

*n.º 341.
Manuel Moya*



U.A.M.
BIBLIOTECA
DE EDUCACION

*Reg. ED (C.B.V.)
31.395*

Publicado por la Casa Editorial ARALUCE

CALLE DE LAS CORTES, N.º 592 :: BARCELONA

REVISTA DE LA HISTORIA DE LA LINGÜÍSTICA

T. 25

LA JERUSALÉN LIBERTADA

Es propiedad del Editor.

REVISTA DE LA HISTORIA DE LA LINGÜÍSTICA
N.º 25

Con el número de la revista



Publicada por la Casa Editorial ARALUC
CALLE DE LAS CORTES, 40 - MADRID

INDICE

	<u>Páginas</u>
<i>I.-Godofredo de Bullón</i>	<i>11</i>
<i>II.-Aladino, el tirano</i>	<i>19</i>
<i>III.-Episodios amorosos</i>	<i>33</i>
<i>IV.-Reinaldo mata a Gernando</i>	<i>43</i>
<i>V.-Combate de Argante con Tancredo</i>	<i>51</i>
<i>VI.-Herminia se refugia entre los pastores</i>	<i>61</i>
<i>VII.-Disturbios entre los cristianos.</i>	<i>75</i>
<i>VIII.-Alienta a los sitiados la presencia de So- liman</i>	<i>87</i>
<i>IX.-Nuevo ataque a la ciudad</i>	<i>99</i>
<i>X.-La selva encantada</i>	<i>111</i>
<i>XI.-Godofredo perdona a Reinaldo</i>	<i>121</i>
<i>XII.-Planes de Armida</i>	<i>133</i>
<i>XIII.-Triunfan al fin los cristianos</i>	<i>147</i>

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

<i>Fortunato es derribado y muerto</i>	<i>Frontis</i>
	<u>Páginas</u>
<i>—¿Quiénes son? ¿Qué han hecho?</i>	<i>26</i>
<i>—Quen, señora, al verie, no sentirá...</i>	<i>38</i>
<i>...es derribado y muerto por su...</i>	<i>46</i>
<i>Tancredo retrocede sorprendido...</i>	<i>65</i>
<i>...y se clava en el pecho del conde...</i>	<i>71</i>
<i>¡Oh, amado cuerpo, herido...</i>	<i>108</i>
<i>De su corteza, ¡oh, maravilla!</i>	<i>117</i>
<i>...se arrodilla al lado del cuerpo...</i>	<i>144</i>

PRÓLOGO

Torcuato Tasso nació en Sorrento el 11 de marzo de 1544. No tendría más edad que vosotros, lectores niños, cuando se manifestó en él la afición literaria y escribió los primeros versos. Fué también un estudiante aventajado y, sobre todo, formal. Desde los primeros años de su vida mostró, a la vez que una gran claridad de inteligencia, una seriedad y una cordura que causaban admiración.

Otras obras escribió antes que este poe-

ma formidable que le ha conquistado la inmortalidad, pero ninguna de ellas merece compararse a La Jerusalén Libertada.

Consideró el Tasso que lo que más interés e importancia podía prestar a un poema era un acontecimiento histórico, y la conquista de Jerusalén por Godofredo de Bullón le pareció un tema de gran realce y fuerza sugestiva.

A los veintisiete años de edad comenzó a escribir su Jerusalén y lo concluyó cuatro años después. Transcurridos otros cuatro, se imprimía, mientras el autor, recluso en una casa de locos, pues el excesivo trabajo y ciertas catástrofes espirituales habían quebrantado su razón, carecía de lo más necesario.

Salió del hospital siete años después, ya convertido en un autor de universal renombre y murió en 1595, cuando iban a ceñir a su frente la corona de laurel.

Al hacer hoy para vosotros, niños hispa-

no americanos, esta adaptación del hermoso poema, he procurado ante todo, conservar el interés del original, con objeto de que sintáis el deseo de ser pronto mayores para poder admirar la obra íntegra y verdadera.

J. B.

GODOFREDO DE BULLÓN

I



FINALIZABA el siglo XI cuando partió hacia las regiones asiáticas Godofredo de Bullón con todas sus huestes y en compañía de otros esforzados guerreros a cuyo arrojo se debe el éxito memorable de la primera cruzada.

Ya Turquía, Persia, Antioquía, se habían doblegado al embate arrollador de los héroes cristianos. Godofredo de Bullón era a los ojos del mundo entero, a la vez que el más noble, el más poderoso de los paladines. Derrotados, humillados los infieles, el cristianismo dilataba su radio de esplendor sobre la tierra. Pero, dueño ya Godofredo de Tortosa, la llegada del invierno suspendió sus actividades guerreras.

Dios, desde su altísimo trono, baja entonces los ojos sobre la tierra y todo lo abarca con una sola mirada. Pero nada atrae tanto su atención como los príncipes cristianos que se hallan en Siria. Allí está, sobre todo, el general Godofredo, cuyo pecho se inflama de anhelos nobles... Godofredo, que lucha por el triunfo del cristianismo.

Y Dios le ve ahora inactivo y postrado. El invierno concluye y aquellos guerreros que partieran hacia Oriente para llevar a cabo una tan noble empresa contemplan sin conmoverse el espectáculo de Jerusalén, tierra de Jesús, donde los musulmanes imponen a la verdadera y grande doctrina de Cristo sus ciegas y erróneas religiones.

¿Qué hace, qué piensa Godofredo?

El Eterno elige entre sus ministros a Gabriel y le envía a la Tierra con la misión de abrir los ojos y avivar los ánimos del generoso guerrero.

Y Gabriel, el ángel de alas blancas como la nieve y cabellos rubios como el oro, desciende hasta Godofredo en el instante en que éste eleva a Dios sus oraciones, y le dice :

—Guerrero noble a quien Dios distingue con su predilección, Él me envía para ordenarte que libres a los cristianos de Jerusalén del yugo de los musulmanes.

Godofredo levanta hacia el ángel sus ojos maravillados.

—Pasó ya el invierno. Comienza la época de los combates. Reúne, pues, a tus guerreros y censura su indolencia. Esta es la voluntad de Dios, y ésta ha de ser la tuya. Él te ayudará—concluye Gabriel y emprende de nuevo el vuelo hacia las regiones celestes, dejando en el espacio una estela de luz.

Godofredo no sale de su asombro. ¿Qué maravilla en forma humana ha dado luz a sus ojos y anhelos a su dormido corazón? ¿Qué algo divino le impele desde aquel instante a libertar a sus hermanos de Jerusalén?

No vacila, no se detiene. Reúne a sus guerreros y les trasmite el mandato divino.

—Dios nos designa—les dice—para arrancar a los cristianos de Jerusalén de una esclavitud que les envilece y agobia. Y en verdad ¿cuál fué y ha sido siempre la fina-

lidad de nuestra empresa? Hacer tremolar nuestras banderas en Tierra Santa, fundar en ella un reino donde impere la doctrina de Cristo. ¡A las armas, pues, hermanos guerreros! Florece la primavera. El sol nos envía sus primeras sonrisas, perfumadas. ¡Que también en Palestina se abran las flores de la piedad y lluevan resplandores y perfumes de cristianismo! ¡Caballeros cruzados: a las armas!

Al amanecer el nuevo día, los campos que se extienden alrededor de los muros de Tortosa, tienen destellos de espadas y armaduras. Todos están de acuerdo con Godofredo de Bullón, todos se han contagiado de su entusiasmo nobilísimo. Soldados y oficiales le miran con orgullo, reconociendo en él al supremo jefe.

Los héroes de la primera cruzada se disponen a caer sobre los infieles de Jerusalén.

Franceses, alemanes, ingleses, griegos e italianos marchan animados de igual valor.

Destacan guerreros tan diestros y esforzados como Baldovino, hermano de Godofredo, Güelfo y Tancredo. Este último sería

el más intrépido de todos si no estuviera entre ellos Reinaldo.

Una leve sombra empaña el esplendor de Tancredo.

Cuéntase que el memorable día en que los cristianos derrotaron a los persas, cansado este famoso paladín de perseguir a los enemigos que huían, se internó en un bosquecillo por el cual corría un arroyo. Tenía sed y quería calmarla.

Una joven persa que se halla allí con igual intención surge entonces ante sus ojos, y en el corazón de Tancredo se inflama en el acto un amor que le ciega y obsesiona.

Tancredo ahora no ve más que la idolatrada imagen del bosque.

Se ve también a Dudon, el anciano a cuyas canas el valor y las proezas realizadas ponen una aureola.

Tras él marcha Eustaquio, tan ilustre por sí mismo como por ser hermano de Godofredo. Le acompaña Gernando, hijo del rey de Noruega.

Pero Reinaldo, un niño, eclipsa a todos los héroes cristianos. Sus proezas se han

anticipado a su edad. Tres años lleva luchando y apenas le asoma el bozo en la barba.

Los cristianos marchan hacia Jerusalén. Llevan en la faz el resplandor de una anticipada victoria.

No obstante, Godofredo, prudente siempre, recibe avisos de que los egipcios amenazan entrar en Siria con arrolladora fuerza, y llama a su mensajero Enrique y le habla así :

—Toma un barco ligero y ve a Grecia. Una mano que nunca me ha engañado me escribe que el Príncipe de los daneses viene a reunir con el nuestro su ejército de moradores de los climas helados de la Osa. Si el griego artero y falaz trata de detenerle tú haz valer nuestros derechos y di de mi parte al Príncipe que no interrumpa su camino, que venga a donde Dios le envía.

Váse Enrique.

Más tranquilo, Godofredo prosigue su marcha hacia Jerusalén. Bajo el sol naciente brilla el metal de las armas. Desde la cumbre del Seir, monte que por el lado de

Oriente domina a la Ciudad Santa, desciende una compacta multitud de cristianos. Venecia, Génova, Francia, Inglaterra, Holanda y Sicilia han cubierto el Mediterráneo con sus pabellones. Las huestes de Godofredo marchan a la par de los barcos amigos.

¡Las tropas cristianas marchan hacia Jerusalén!

ALADINO, EL TIRANO.—EPISODIO DE
OLINDO Y SOFRONIA.—EMBAJADA DE
ALETE Y ARGANTE AL CAMPO DE LOS
CRISTIANOS. — GUERRA CON EGIPTO

II



EN Jerusalén residen confundidos dos pueblos de distintas creencias. El menos numeroso, el más débil, es el que adora a Jesucristo; el otro, el que tiene por ídolo a Mahoma.

Cuando Aladino, rey de la Ciudad Santa, estableció en ella el trono de su imperio, resolvió oprimir a los cristianos y hacer la vida fácil a los infieles.

Al saber ahora el rey Aladino que los ejércitos de Godofredo de Bullón se acercan a Jerusalén para libertar a los que él estrecha con su yugo, en su pecho se enciende la

ira. Todo él tiembla de un impuro odio hacia los cristianos y no piensa sino en la forma de hacerles objeto de sus perversos instintos.

Un mago, en esto, preséntase a él y le dice :

—Hermano tuyo en sentimientos, quiero ayudarte. Yo sé de qué modo puedes vengarte de los cristianos.

Resplandecen con insano fulgor los ojos de Aladino.

El mago añade :

—En el templo de los cristianos, oculta en el fondo de sus naves, se halla la imagen que esos soberbios consideran la madre de un Dios muerto y sepultado. Ve tú mismo, róballa, tráela a tu mezquita y hagámosla objeto de nuestras blasfemias. Yo, con mi poder sobrenatural, velaré por ti.

El tirano, persuadido, vuela en el acto al asilo de los cristianos, roba la imagen y la esconde en su mezquita.

El mago vuelca sobre ella feroces insultos.

Pero cuando nace el nuevo día, recibe

Aladino la noticia de que la imagen ha desaparecido del lugar en que él la dejara.

Aladino es presa de uno de sus frecuentes arrebatos de ira.

—De seguro que el robo se debe a la mano de un cristiano—exclama.

Y exasperándose cada vez más, vuélvese hacia sus súbditos, y les dice :

—¡ Pague el osado su villana acción !
¡ Adoradores de Mahoma : matad, matad sin compasión y sin regla ! ¡ Muera el inocente como el culpable ! ¡ Al fuego, al hierro, defensores de vuestro rey !

Así habla el impío. Así su odio ofende al Altísimo y rompe sus leyes incomparables.

—¡ Al fuego, al hierro !

El grito sale de mil bocas. Los infieles hacen correr la voz por todo Jerusalén, para gozar de antemano del pánico de los oprimidos.

—¡ Al fuego, al hierro !

Pero hay en la ciudad una cristiana de alma inmensa y espíritu abnegado. Llámase

Sofronia y es amada por Olindo, a quien ella no corresponde.

Sofronia, enterada del bárbaro castigo que van a sufrir sus hermanos, concibe la idea de sacrificarse por ellos. Ni ella ni nadie sabe quién ha hecho desaparecer la imagen del templo mahometano, pero Sofronia está dispuesta a que acaben las dudas.

Procura, pues, llegar hasta Aladino, y le dice mintiendo :

—No se maltrate a nadie injustamente. Si lo que pretendes es castigar al culpable de ese robo, saciando así tu afán de venganza, aquí me tienes. Yo robé la imagen que tú antes habías robado. Yo la restituí a la luz y la arranqué de tus blasfemias.

La multitud, que rodeaba al tirano y hubo de dejar paso a la bella Sofronia, la contempla ahora sin poder ocultar su admiración. ¡ Oh, pecho magnánimo ! ¡ Oh, espíritu intrépido !

Aladino vacila, incapaz de creer en tanta nobleza. Al fin, con gesto amenazador, inquiere :

—Deseo me descubras quién fué tu consejero o tu cómplice.

—Nadie—responde Sofronia.

—Pues sobre ti sola caerá mi cólera y mi venganza.

La abnegada joven vuelve a replicar serenamente :

—Justa es la sentencia. Sólo a mí corresponde el honor de ser castigada.

La ira del tirano adquiere de súbito incremento :

—¿Dónde escondiste la imágen?

—No la escondí. La eché al fuego para librarla de nuevos ultrajes.

Aladino da orden de que se la conduzca a la hoguera.

Pronto fuertes ataduras torturan las delicadas manos de Sofronia. Ya le quitan los finos velos que la cubren.

Ella no despliega los labios. Hermosa en su magnífica serenidad, sólo una bella palidez acusa su emoción.

La noticia corre por el pueblo como reguero de pólvora. Todos los cristianos adoran a Sofronia y el suceso les enloquece.

—¡ El tirano ha condenado a la hoguera a la más bella y más noble de las jóvenes cristianas !

Este es el grito de terror que recorre las calles de Jerusalén.

Y en su vuelo, llega a oídos de Olindo, quien sin detenerse vuela también al lugar donde se va a someter a tan bárbara tortura a la dueña de su corazón.

Llega. La ve encadenada, a punto de ser víctima del cruel suplicio.

—¡ Alto !—exclama.

Todos los ojos se vuelven hacia él. Olindo avanza entre los infieles y se detiene ante el tirano.

—No es ella, señor—exclama—la culpable. Su locura la lleva a preciarse de serlo. Una mujer joven y sin experiencia no puede ejecutar empresa tan arriesgada.

Sofronia quiere protestar, pero Olindo prosigue :

—No fué ella, señor. Diga, si no, de qué medios se valió para robar la imagen ; cómo pudo burlar a los guardas, escalar la mez-

quita... ¿Ves como no contesta?... Fuí yo, señor, quien robó de tu templo la imagen.

--¿Qué pretendes, desdichado? — dícele entonces Sofronia—. ¿Qué designio o qué furor te guía? ¡Tengo un corazón que sabe arrostrar solo la muerte!

Pero Olindo no cesa e inventa nuevos argumentos para salvar a Sofronia y morir él en su lugar.

Ante espectáculo tan hermoso—la lucha de dos almas generosas—, el tirano se reuerce de coraje. ¡Cuán miserable se siente junto a aquellos seres de sentimientos elevados!

De aquí que haciendo relampaguear sus ojos ferozmente, exclame:

—Os creo a los dos. Ambos recibiréis el honor del castigo.

Los verdugos, dóciles a sus órdenes, cargan a Olindo de cadenas y atan a los dos amantes a un mismo palo.

Enciéndese la hoguera alrededor de ellos. Los amantes van a morir.

Mas en este preciso instante aparece un guerrero de ademán imponente y porte alti-

vo. Todos reconocen en su armadura a Clorinda, la guerrera sin par.

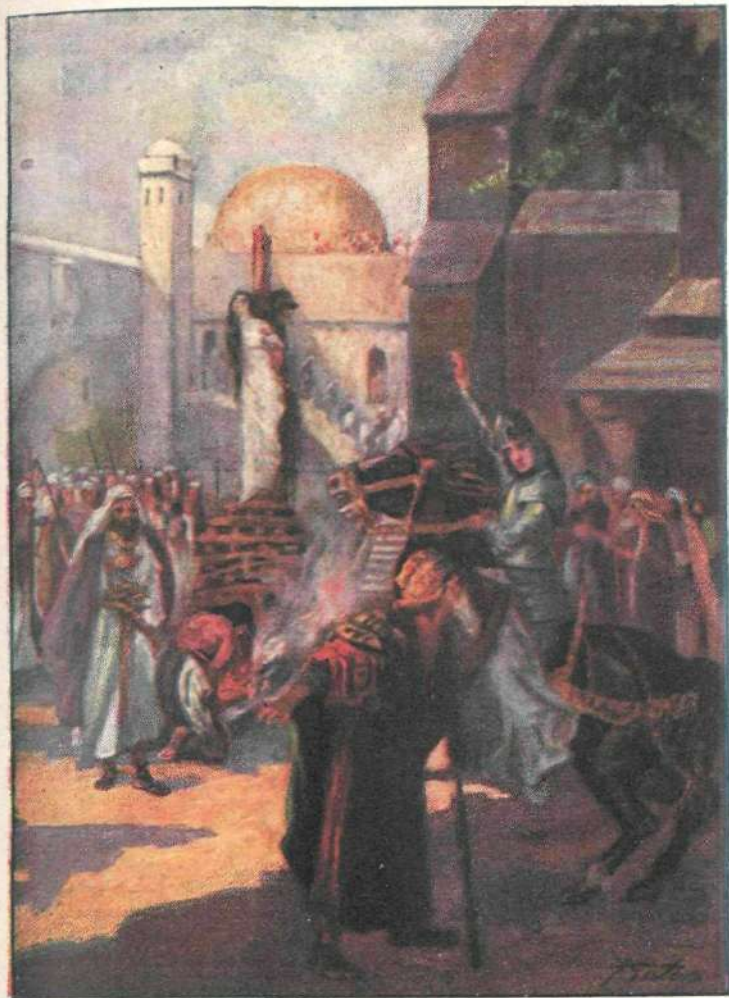
Desde sus más tiernos años despreció esta dama las ocupaciones femeniles. Su mano soberbia no quiso manejar la aguja ni el huso, sino que aprendió a conducir un caballo y a empuñar una espada. Endureció sus miembros en la lucha y mostró su agilidad en la carrera. Por selvas y montes, siguió el rastro de los leones y los osos.

Ahora, desde Persia, llega para luchar contra los cristianos, que ya conocen su valor y la fuerza de su espada.

La primera mirada de Clorinda es para los amantes que van a ser quemados vivos, y, llena de curiosidad, espolea a su caballo y se aproxima a ellos.

Clorinda se enternece. Compadécese de los dos y llora por ellos. Pero se interesa mas por Sofronia, admirando su belleza y su excepcional valor.

—¿Quiénes son? ¿Qué han hecho?—pregunta la guerrera a un anciano que ve a su lado.



—¿Quiénes son? ¿Qué han hecho?

En breves palabras satisface el anciano sus deseos.

—¡Pues no morirán!—exclama Clorinda.

Seguidamente vase a apagar la hoguera y habla a los verdugos en estos términos:

—¡Ninguno de vosotros ejecute su cruel oficio hasta que yo haya hablado con vuestro dueño! Yo os aseguro que no os reprenderá por vuestra tardanza.

Dicho esto, Clorinda se dirige hacia Aladino, quien por su parte le sale al encuentro.

—Yo soy Clorinda—dice—. Vengo a defender tus dominios y a luchar contigo por Mahoma, objeto de nuestra común religión.

A lo que Aladino responde:

—Generosa heroína, conozco tus proezas que en ninguna región del Asia se ignoran, y tu noble ofrecimiento me llena de esperanza. ¿Quién podrá vencerme si tu brazo me ayuda?

Clorinda agradece las lisonjeras palabras y a continuación añade:

—Te extrañará que reclame el premio de servicios que aún no te he prestado, pero así es. Confiando en tu bondad me atrevo a pe-

dirte que levantes el castigo a esos desgraciados.

Aladino se niega, pero Clorinda redobla sus ruegos y busca el modo de convencerle.

—Sé la causa de este triste acontecimiento y debo advertirte que no creo, como tú, que un cristiano haya robado de tu mezquita la imagen. La desaparición de ésta es obra del mismo Mahoma, quien no puede tolerar que en sus templos haya imágenes correspondientes a otras religiones.

Estas palabras convencen al tirano, y Sofronia y Olindo quedan en libertad. Olindo tiene un doble motivo de satisfacción, pues Sofronia ahora corresponde a su afecto.

Ambos, no obstante, son desterrados de Palestina y, con ellos, otros cristianos, a quien Aladino vigila y oprime ahora como nunca.

• • •

Mientras estos sucesos se desarrollan dentro de Jerusalén, en sus alrededores han acampado los ejércitos cristianos.

Va a realizarse el primer ataque, cuando dos caballeros de traje desconocido y porte

extranjero llegan al campamento y solicitan audiencia con Godofredo de Bullón.

Vienen en son de paz. Son dos mensajeros del monarca de Egipto. El uno se llama Alete y el otro Argante.

Godofredo accede a sus súplicas y, ya en presencia del caudillo cristiano, comienza Alete a decir :

—Nuestro rey, el poderoso monarca de Egipto, nos envía a manifestarte que conoce y estima tu valor. Noble y bravo guerrero : tu fama se esparce por toda Asia y por el mundo entero. Y con ella, ha llegado a los oídos de mi rey tu pretensión de conquistar a Palestina para establecer en ella el imperio del cristianismo. Mi rey te admira y, aunque su religión es distinta a la tuya, quiere estar unido a ti por la paz y la amistad. Mas para que ésta se conserve en toda su pureza, solicita de ti que no persistas en tu idea de conquistar Jerusalén, pueblo en el que reina la misma religión que en el suyo. He aquí lo que te digo en nombre de mi rey. Ya es bastante tu fama. Sobrada es tu gloria. Ahora dedícate al descanso y olvida tu idea de tomar

Jerusalén y combatir en él la religión de Mahoma.

Godofredo examina a los que le rodean. Ni uno solo de sus guerreros deja de manifestar con la expresión de su rostro la opinión de que no se debe admitir el ruego del rey de Egipto.

Y Godofredo vuélvese a Alete y le dice :

—Eres astuto. Has sabido mezclar a la lisonja la amenaza, al ruego el mandato, pero yo, en nombre de mi pueblo, te digo : no acepto ni la súplica ni la orden de tu monarca. Ningún guerrero cristiano se detendrá jamás en su camino cuando éste haya de conducirle al engrandecimiento de su religión. Si nuestros hermanos de Jerusalén se debaten oprimidos por el yugo de los infieles, nosotros daremos nuestra vida por libertarlos, sin que haya en el mundo nada capaz de hacernos desistir de nuestro propósito.

Así habla Godofredo, y puede advertir la aprobación de sus súbditos.

Alete no responde, pero ahí está Argante, el otro mensajero, cuyo coraje desenfrenado

y orgullo desmedido le mueven a considerar las palabras del cristiano como un gran insulto.

Se revuelve y pronuncia tan sólo estas palabras :

—¿ No quieres la paz ? Pues tendrás la guerra.

Su ira le hace asemejarse a un león. Con voz que es un trueno añade :

—¡ Yo os la declaro y a muerte !

—Aceptamos—dice, impasible, Godofredo.

Y se dispone a despedir con afabilidad a los dos mensajeros y les hace un regalo a cada uno : a Alete un precioso yelmo, a Argante una espada con puño de oro.

El primero se limita a aceptar el regalo, pero el segundo profiere lleno de indignación :

—Ya verás, guerrero cristiano, el uso que hago yo de tu espada.

En seguida se despide, diciendo a su compañero.

—Separémonos. Yo entraré de noche en Jerusalén. Tú marcha a Egipto cuando rompa el nuevo día y da a nuestro rey la respuesta de los cristianos.

Ambos se van.

La noche cubre ya el mundo con su negro manto. Todo invita al reposo, pero en el campamento cristiano ni un solo ojo se cierra.

Los súbditos de Godofredo aguardan con ansia la aurora del nuevo día.

EPISODIOS AMOROSOS. — PRIMEROS
ENCUENTROS BELICOS.— HERMOSU-
RA, ARTIFICIOS Y ENGAÑOS DE LA
ENCANTADORA ARMIDA

III



AMANECE el nuevo día. Los cristianos marchan hacia las murallas de Jerusalén. Godofredo, y Eustaquio, y Reinaldo, y Tancredo, y otros guerreros de igual fama y bravura marchan al frente de las tropas.

Todos sienten el orgullo de la santa empresa. Los caminos que recorren, Jesucristo los ensangrentó con sus plantas heridas. Todos marchan con la frente alta y el pecho erguido.

En Jerusalén suena la voz de alarma. Un musulmán ha visto la polvoreda que levantan en su carrera los caballos cristianos y va a comunicar a Aladino la noticia.

El tirano da la voz de «¡ A las armas !» y se instala en su torre para presenciar el combate.

Clorinda es la primera en marchar, a la cabeza de un nutrido grupo de musulmanes, al encuentro de los cristianos.

Argante, escondido en un sitio secreto, está dispuesto a defenderla en caso de necesidad.

Aparece un escuadrón de cristianos que regresa a reunirse con su ejército después de haber cazado algunas reses que han de servirles de provisiones.

Al mando de ellos va Gardon. Clorinda, al verle, se precipita sobre él y lo derriba. Gardon muere. No ha habido lucha. El diestro brazo de la dama guerrera ha herido certeramente al primer encuentro. Gardon es la primera víctima de la toma de Jerusalén.

Cerca se halla Tancredo. Tancredo ha visto caer al paladín cristiano, y su dolor y su ira al ver muerto a uno de los suyos, inflama su pecho.

Se abalanza sobre Clorinda, y Clorinda corre hacia él. Ambos se alcanzan en la visera

y las lanzas saltan hechas pedazos. Clorinda prosigue la lucha, pero el guerrero apenas se defiende. Más que a los golpes de su brazo teme a los que parten de su rostro de maravillosa hermosura.

Tancredo huye. Clorinda le persigue. Es la primera vez que el esforzado paladín no responde al ataque con el ataque.

Ya se hallan sarracenos y cristianos cerca de los muros de Jerusalén. De pronto, entre los primeros, se promueve gran algazara y, dando un gran rodeo, atacan por la espalda a los defensores de la doctrina de Cristo.

Entonces Argante se mueve con su tropa y les acosa por el frente.

Hasta aquí los cristianos luchan con ventaja. Dudon derriba y mata al fiero Tigranes, pero Argante hiere a Dudon y desde este momento los papeles se cambian.

Dudon muere. La emoción inmensa termina de desmoralizar a los cristianos. Reinaldo y otros valientes guerreros combaten con más saña que nunca, pero Godofredo, prudente, ordena la retirada.

Argante, antes de internarse en Jerusalén, dice a los cristianos, señalando el cuerpo exánime de Dudon.

—Decid a vuestro jefe el uso que hago de la espada que ayer me regaló. Y decidle también que he de hacer con él lo mismo, y que si no viene a atacarme iré yo a buscarle a su propia tienda.

Pero se ve precisado a huir, porque, a pesar de las órdenes de Godofredo, Reinaldo y otros guerreros cristianos se disponen a caer sobre él.

* * *

Mientras los cristianos preparan un segundo ataque, alguien de quien ellos no pueden sospechar trama un infernal ardid que ha de favorecer a los sarracenos.

Hidraoto, que ocupa el trono de Damasco y es famoso por su poder de adivino, predijo que el Cielo destruiría los ejércitos de Occidente, dejando así el dominio del mundo a los sectarios de Mahoma. Y he aquí que ahora ve triunfantes a los soldados cristianos. No sólo han conquistado y establecido su religión en diversas ciudades del Asia,

sino que acampan ante Jerusalén y luchan contra Egipto. Damasco puede seguir la misma suerte, e Hidraoto se inquieta. Además, su fama de adivino va a perder mucho con su errónea predicción sobre el exterminio de los soldados de Occidente.

Un ángel malo viene en su axilio e Hidraoto concibe un satánico plan. Hidraoto tiene una sobrina a quien todo el Oriente concede la palma de la hermosura y la cual, además de estar dotada de todos los atractivos, conoce a fondo los secretos de la magia.

Hidraoto la llama y le dice :

—Armida : tú que sabes atraer a los hombres tanto con tus artes ocultas como con tus perfecciones femeninas, ayúdame a llevar a la práctica un plan que ha de salvar a Jerusalén de la invasión de los cristianos, nuestros enemigos. Vé al campamento de rusalén de la invasión de los cristianos, Que, prendado de tus gracias y hechizado por tus palabras, se olvide de la gloria y de las conquistas, y no respire sino amor. Si no logras cautivarle a él, procura adueñarte del corazón de sus guerreros más eminentes y

arrástralos a parajes de donde no puedan salir nunca. Hazlo por tu religión y por tu patria.

Armida se dispone en el acto a poner en práctica el plan, el cual le agrada, pues su éxito ha de depender de su hermosura y de sus artes femeninas.

No tarda la doncella en hallarse en el campamento de los cristianos.

A su presencia, se levanta entre la multitud de guerreros un susurro de admiración. Todos, como por arte de encantamiento, quedan fijos en los cabellos de oro y en la tez blanca de Armida.

Ella, fingiendo no reparar en la admiración de que es objeto, avanza hacia el grupo de los jefes y dice :

—Vengo en busca de vuestro general. ¿Se presta a conducirme a él alguno de vosotros?

Eustaquio, el hermano menor de Godofredo, se destaca del grupo y responde :

—¿Quién, señora, al verte, no sentirá el deseo de ser tu esclavo? No sólo te acompañaré al lado del general, sino que, por ser hermano suyo, haré que toda su gloria y to-



—Quien, señora, al verte, no sentirá..

da la fuerza de su brazo se ponga a tu servicio.

Dicho esto, la conduce a la tienda de Godofredo, el cual está rodeado por algunos guerreros distinguidos.

Hace Armida una reverencia y finge ruborizarse.

Godofredo disipa sus temores con palabras afectuosas.

E invitada a hablar, Armida comienza este discurso :

—Soy hija de Arbilán, que reinó en Damasco. Apenas había transcurrido un lustro de la muerte de mi madre, la cual nos abandonó tan pronto como abriera yo los ojos a la luz, murió mi padre, dejando el mando del Estado en manos de un hermano, al que profesaba tiernísimo cariño. Encargado también de mi tutela, al principio fingió ocuparse sólo de mi dicha.

Detúvose la doncella para enjugar una lágrima.

—Yo crecía al par de su hijo—prosiguió—, niño indócil cuya alma perversa no pudo ser pulida por la educación. Y este ser de malos

instintos y vil corazón, era el que mi tutor me reservaba para marido. Mi tío trataba de casarme con él para que, con mi mano, recibiera mis Estados como dote. Pero nunca pudo conseguir que yo pronunciara una palabra de consentimiento. Un día, en la frente de mi tutor, vi aparecer la huella de una idea siniestra. Convencida de que por mi propia voluntad yo no habría de casarme con su hijo, ya no se cuidó de disimular su odio contra mí y sólo me hablaba para zaherirme y sólo me miraba para atemorizarme. Yo estaba inquieta, pues sabía que bajo su frente algún ardid fatídico contra mí tramaba. Hubiera huído, pero no tenía valor para hacerlo sola. Una noche, un amigo fiel, un ministro que no olvidaba los favores de mi padre, vino a decirme que el tirano planeaba mi muerte, me propuso la fuga en su compañía y acepté. Protegidos por las sombras de la noche nos aventuramos por los lóbregos campos y después de caminar infatigablemente durante muchas horas llegamos al castillo de mi salvador, el cual se halla en el límite de mi reino. Allí nos ocultamos y allí hemos vivi-

do en paz hasta que el tirano, irritado por mi fuga, ha hecho pública la falsa noticia de que era yo quien había tratado de envenenarlo a él y que por ello había de darnos muerte a mí y a mi salvador.

Vuelve a detenerse Armida. De pronto, arrebatadamente, exclama :

—Señor : sólo tú puedes salvarme. Sólo tú puedes restituirme mi trono y libramme de la furia de ese malvado. Tengo quien secretamente me abra de noche una puertecilla oculta de mi palacio.

Dicho esto, Armida enmudece y aguarda la respuesta.

Godofredo vacila. Se siente conmovido pero piensa en los deberes que le sujetan en las cercanías de los muros de Jerusalén. Por fin, triunfando en él la prudencia, responde :

—Señora : de buen grado me dispongo a concederte lo que tan justamente me pides. Mas no hoy. Cuando hayamos vencido al sarraceno, cuando deberes tan ineludibles no me reclamen aquí, yo te prometo devolverte ese trono y librarle de la furia despiadada de ese tirano.

Armida, decepcionada, lanza nuevas exclamaciones de dolor. Llorá y sus lágrimas conmueven los corazones que no temblaron en los combates más fieros.

Tanta es la emoción de Eustaquio que avanza hasta Godofredo y le dice :

—Hermano : no es digno de tu corazón magnánimo el abandonar a esta doncella.

Y a continuación pronuncia un caluroso discurso que los demás guerreros apoyan y aplauden.

Ante estas muestras de calor y de entusiasmo, Godofredo se decide a conceder :

—Bien : que diez de vosotros cumplan los deseos de esta doncella.

Gran alegría muestran de súbito todos los semblantes. Sólo el de Armida finge aún una gravedad pudorosa y recatada.

Mas cuando a solas puede dar suelta a su regocijo, en sus bellos ojos relampaguea toda la perfidia que anida en su alma.

REINALDO MATA A GERNANDO.—AR-
MIDA VASE CONTENTA LLEVANDO
CONSIGO BUEN NUMERO DE
CABALLEROS

IV



N tanto que Armida embriaga de amor a los paladines, Godofredo piensa a quién concederá el honor de acompañar a la princesa a su palacio para devolverle su trono y dar su merecido al tirano.

Por fin su prudencia decide que ellos mismos elijan quién ha de llevar el mando en la empresa.

De aquí que los reúna y les diga :

—Valientes guerreros, ya sabéis que más por complaceros a vosotros que por atender a las justas quejas de Armida, accedí a que la acompañárais a Damasco. Pero es mi de-

seo que, muerto Dudon, elijáis vosotros mismos un jefe que designe quiénes han de ser los diez guerreros que conduzcan a su palacio a la princesa.

Eustaquio es el primero en acatar los deseos de su hermano. Concibiendo en el acto un plan vase hacia Reinaldo y le dice :

—Reinaldo : tú eres entre todos el más indicado para ocupar el puesto del malogrado Dudon. Tu bravura y tu pericia como guerrero no tiene competencia entre ninguno de los súbditos de Godofredo de Bullón. Yo, que a nuestro difunto jefe no concedía autoridad ni superioridad alguna sino por respeto a sus canas, a ti estoy siempre dispuesto a rendirte obediencia, pues reconozco que en todo me superas.

Reinaldo finge creerle, pero no escapa a su sagacidad que lo que Eustaquio pretende es no ser designado él para el alto puesto, pues es voluntad de Godofredo que el jefe no acompañe a la princesa, limitándose tan sólo a designar quién haya de hacerlo.

Y Reinaldo, alma generosa, se manifiesta dispuesto a aceptar el cargo que Eustaquio

quiere designarle y aun añade para contentarlo :

—Aceptaría ese puesto gustoso y te designaría a ti para acompañar a la princesa.

Mas la noticia llega a oídos de Gernando y la envidia se apodera de él. Gernando, descendiente de los reyes de Noruega, es uno de los más nobles guerreros cristianos. Agobiado de títulos, no piensa sino en ellos y considera que sólo las coronas y la riqueza dan la superioridad.

Gernando codiciaba para sí el puesto para el que se va a designar a Reinaldo y desde el punto en que lo sabe, la envidia enciende en él la llama del odio y sólo piensa en la venganza.

Hay en el campamento un vasto recinto donde se reúnen los principales héroes para ejercitar su fuerza y destreza en fiestas y torneos.

A él se encamina Gernando, pues Reinaldo se halla allí, y cuando más numeroso es el concurso, le insulta villanamente.

Reinaldo se revuelve y desnuda la espa-

da. Se entabla la lucha y Gernando es derribado y muerto por su contrincante.

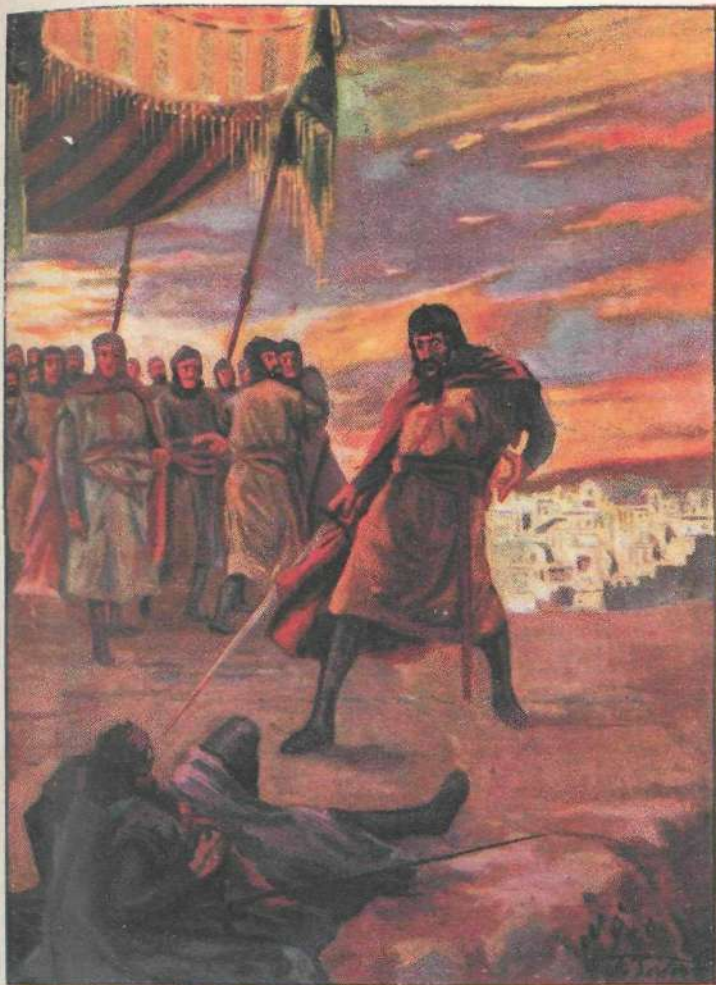
Se dispersa por el campamento una oleada de emoción. Godofredo, enterado, se lamenta de la muerte de su guerrero y anuncia que Reinaldo será condenado como un soldado cualquiera.

Pero Tancredo, que está presente, sale en defensa del culpado.

—Discreto señor—dice a Godofredo—. No olvides lo que se debe a su mérito y a su linaje. La diferencia de jerarquías establece diferencia en las faltas. Reinaldo no puede ser juzgado como un reo cualquiera.

Pero Godofredo no escucha las razones del defensor del culpable. Su austeridad no admite atenuantes para una falta como la que ha cometido Reinaldo. Dar muerte a un cristiano, a un hermano suyo en religión, juzga el caudillo que es el mayor delito que puede perpetrarse.

Reinaldo se halla en su tienda. Su rostro está ensombrecido, pero no hay huella en él de temor. Considera que ha obrado como



... es derribado y muerto por su...

cumple a un guerrero cristiano y a un caballero de honor.

Preséntase a él Tancredo y le da cuenta de lo acontecido en el lugar donde cayera Gerlando.

—Godofredo—le dice—quiere confundirte con los reos vulgares y sujetarte a todo el rigor de las leyes.

Reinaldo sonrío y responde :

--Yo nací libre y libre moriré antes que mis manos se sometan a humillantes ligaduras. Acostumbrado este brazo a manejar la espada, no consiente viles cadenas.

Se detiene y después añade :

—Si es ese, pues, el premio que a mis méritos concede Godofredo de Bullón, venga él mismo a prenderme, que aquí le espero. La suerte de las armas será nuestro juez. Venga si quiere ofrecer el espectáculo de una segunda tragedia.

Pero Tancredo calma sus ánimos y reprocha su excesiva irritabilidad.

—No más sangre, Reinaldo. Que la espada de un cristiano no vuelva a mancharse de sangre cristiana. Te aconsejo que te ale-

jes, que vayas a buscar un retiro a distancia de aquí. Boemundo te lo dará gustoso en Antioquía. Vete, Reinaldo.

El airado mozo vacila, pero llega Güelfo en aquel instante y las razones de éste acaban de persuadirle.

Aléjase Reinaldo, pero ardiendo en deseos de acometer grandes empresas para cubrirse de eterna gloria. En defensa de la fe, quiere recorrer el Egipto e internarse hasta donde oculta el Nilo sus fuentes.

Enterado Godofredo del alejamiento de Reinaldo, aprueba su conducta, ya que ella pone fin a los disturbios iniciados en su campamento.

Entretanto, Armida reclama la prometida ayuda y sigue ejercitándose en el arte de cautivar, lo que si bien es verdad que perturba a gran número de guerreros cristianos, en Godofredo no produce la más mínima impresión.

Llega el instante de designar los diez guerreros que han de acompañar a la princesa a Damasco. Todos quieren ser los elegidos, y

Armida, ante el problema, concibe una solución.

—Escribanse vuestros nombres — dice — cada uno en un papel, y colocando estos en un vaso, extráiganse los diez que hayan de designar a mis caballeros.

Se aprovecha al instante la idea y los nombres escritos van saliendo del vaso con gran emoción de los guerreros.

Eustaquio no figura entre los elegidos. Y tanto él como cuantos no han sido favorecidos por la suerte se irritan y conciben el plan de escapar del campamento cuando la noche les proteja con sus sombras.

Así lo hacen. Marcha Armida con sus caballeros, y más tarde, cuando la negrura de la noche todo lo cubre, sale Eustaquio de su tienda y se desliza por el campamento en persecución de Armida.

Esta le recibe con muestras de gratitud y contento, y de igual modo da las gracias y sonrío a otros muchos guerreros que han seguido el ejemplo de Eustaquio.

Mientras tanto, Godofredo recibe la noti-

cia de que Egipto envía contra él su poderosa escuadra.

Se vuelve, mira en derredor y se ve solo. Sus guerreros principales han sido arrastrados por la pérfida Armida. Cunde la inquietud entre sus soldados. Pero él, lleno de te, sonrío y les calma.

COMBATE DE ARGANTE CON TANCREDO.—HERMINIA VA AL CAMPO DE LOS CRISTIANOS

V



ENTRETANTO los sitiados trabajan sin tregua. Animados por la ayuda de Egipto no cesan de construir nuevas armas y fortificar la ciudad.

Pero Argante está entre ellos, y el fiero luchador no se conforma con hacer tan sólo preparativos. Quiere luchar. Le es imposible aguardar un día, una hora más sin cruzar su espada con alguien.

De aquí que se aproxime a Aladino y le diga :

—Señor : mi brazo no puede permanecer inactivo un minuto más. Permíteme, pues, que vaya al campamento cristiano a luchar con alguno de los más destacados paladines.

—Si tal es tu anhelo — responde Aladino—, ve y pelea, aunque te confieso, Argante, que mi deseo fuera que guardases para mejor uso tu espada.

En el acto Argante vuélvese al heraldo y le dice :

—Vé al llano y cuando te halles en presencia de Godofredo di que hay en Jerusalén un guerrero que ansía luchar con el más intrépido paladín cristiano.

Váse el heraldo y a poco vuelve y dice a Argante :

—Armame, señor. Los cristianos aceptan el desafío. Tanto los menos valientes como los más intrépidos ansían lidiar contigo.

Argante, mientras resplandece en sus ojos una luz extraña, pide la armadura.

Clorinda se halla presente y Aladino le dice :

—No es justo que Argante vaya solo estando tu aquí. Reúne, pues, mil guerreros y ve con él para vigilar a distancia el desafío.

La heroica doncella obedece a su rey y pronto parte tras Argante, acompañada de mil soldados.

El fiero lidiador llega al campo de Godofredo. Este no ha hecho aún la elección del guerrero que debe colocar frente a Argante, pero todas las miradas se fijan en un solo punto, en un solo ser : el noble e intrépido Tancredo.

Y es Tancredo el designado para luchar.

Pero ¡ oh, amor que todo lo trastorna ! Lejos, pero no tanto que no pueda vislumbrarse su rostro, está Clorinda, el sueño de oro de Tancredo. El noble luchador la distingue y desde este punto es débil como un niño. Su caballo se detiene en la liza, sus ojos no miran a Argante y una especie de éxtasis paraliza sus músculos de acero.

—¿ Es que no hay quien se atreva a luchar conmigo ?—inquire entonces Argante.

Y Oton, que está presente, se precipita a la liza. Sólo había llegado allí para presenciar el combate, pero al advertir la pasividad de Tancredo y oír las palabras ofensivas de Argante, no duda en hacerle pagar la osadía por sí mismo.

El encuentro es terrible. Argante queda

herido, pero Oton es derribado por el brazo más fuerte del contrincante.

El cristiano, sin que su valor decaiga, pretende levantarse para proseguir la lucha ; mas el infiel, cobarde y vil hasta en el combate, se precipita sobre él y sin darle tiempo a defenderse hún dele el acero en un costado.

Hasta en las filas enemigas se oyen airadas protestas. La indignación inflama el pecho de los cristianos, y Tancredo, recobrándose, espolea a su caballo y lo dirige hacia el traidor.

La lucha ahora es encarnizada. No son dos hombres sino dos leones los que contienen en el campo cristiano. A un golpe responde otro golpe más fuerte aún ; a una embestida, otra embestida más arrolladora. Tancredo alcanza con su acero a Argante. Argante hiere a Tancredo. Y los dos luchadores, jadeantes, ensangrentados, siguen buscándose el corazón con saña.

Ya va a caer uno u otro, ya Argante o Tancredo va a morir por no tener fuerzas para defenderse, cuando llegan dos heraldos a separar a los contendientes.

—¡ Oh, guerreros! — dice el más anciano—. Los dos habéis demostrado igual valor. Mas llega la noche y es hora de que dejéis de combatir.

—No lo haré—dice Argante—si mi enemigo no me jura volver para continuar esta lucha.

—Júralo tú también, pues yo juro, ya que mi afán no es otro que el de exterminarte.

Ambos juran y los heraldos convienen en que la tregua debe durar seis días, pues así los contendientes tendrán tiempo de restablecerse de sus heridas.

La tremenda lucha ha dejado honda impresión en el ánimo de los cristianos, pero nadie ha puesto en el combate un interés tan vivo como Herminia, princesa refugiada en Jerusalén.

Hija del rey de Antioquía, vió derrumbarse su trono ante el embate de los cristianos. Temía ser víctima de ellos, pero Tancredo la defendió y, entregándole sus tesoros, la hizo huir a donde hallara un seguro asilo.

Refugióse Herminia en el palacio de Aladino, pero desde entonces todas sus ansias

fueron hallarse donde se hallara el héroe cristiano, sentirse cerca del gentil caballero que tan firme generosidad mostrara. De día en día, su amor fué creciendo, y así, cuando el enemigo apareció al pie de los muros de Jerusalén no se sintió inquieta sino esperanzada. Vería a su héroe, gozaría del regalo inapreciable de saberse cerca de él.

Le ha visto, en efecto, pero ¡en qué circunstancias! Desde una alta torre ha presenciado su combate con Argante, la encarnizada lucha de la que uno y otro han salido ensangrentados y maltrechos.

Desde este punto Herminia no halla reposo para su mente ni para su corazón. Sólo piensa en Tancredo y en sus heridas. ¿Quién cuidará de él, allá en su tienda del campamento cristiano? Ella sería una dulce y maternal enfermera para el ser querido. Enjuagaría su sangre, vendaría sus miembros lesionados...

La noche transcurre para Herminia con lentitud desesperante. Ni un minuto la abandona el pensamiento de las torturas de que estará siendo víctima el ser amado. Y a esta

idea se suma el deseo de verle, de sentirlo muy cerca, de estrechar su mano con la suavidad con que se acaricia a los niños cuando están enfermos.

Esta preocupación no la abandona en los días siguientes. Tanto es su amor, tal es su inquietud que una noche decide poner en práctica un plan que la conducirá al lado del amado héroe.

Cuando nadie puede verla, inténase en la habitaciones de Clorinda y se viste con la armadura de la guerrera. Después busca a su fiel escudero y le dice :

—Amigo mío, deseo llegar al campo de los cristianos para ver a Tancredo y he resuelto ponerme la armadura de Clorinda con objeto de que, tomándome por ella, ningún soldado ose detenerme. Tú me acompañarás, pues necesito de tus servicios.

Momentos después, Herminia y su escudero recorren las callejas más oscuras y desiertas de Jerusalén. Al llegar a la puerta de la ciudad nadie los detiene, sino que les dejan paso franco y les rinden el homenaje de su saludo.



Mas cuando llegan al borde mismo del campamento cristiano, una duda asalta de súbito a Herminia.

—Esta armadura que me ha franqueado las puertas de Jerusalén y ha facilitado mi paso por la ciudad, representa para mí un gran peligro en el campamento cristiano— dice a su escudero—. Clorinda es para los súbditos de Godofredo un temible enemigo. Ve tú, pues, a anunciar a Tancredo mi llegada y vuelve a darme la respuesta a este mismo sitio.

Váse el escudero y queda Herminia esperando la contestación en aquel lugar donde la sombra no es tan densa que la oculte a la vista de los centinelas cristianos.

Uno de ellos, que vigila no muy lejos en compañía de un hermano suyo, da la voz de alarma al mismo tiempo que dispara en vano una flecha contra la enemiga.

Herminia, aterrada, huye a campo traviesa, perdiéndose en las negruras de la noche. Pronto llega al campamento la errónea noticia de que Clorinda ronda por las inme-

diciaciones del real de los cristianos y Tancredo, al enterarse, exclama :

— ¡ Oh, es ella que viene a mitigar mis penas y expone por mí la vida ! ¡ Oh, Clorinda : al fin mi amor halló en ti una muestra de correspondencia !

Y pide sus armas y parte en persecución de la que él cree su dulce amada, mientras Herminia ignora que a causa de un feliz error sigue sus huellas el ser que constituye su sueño de oro.

HERMINIA SE REFUGIA ENTRE LOS
PASTORES.—TANCREDO CAE EN MA-
NOS DE ARMIDA

VI



HERMINIA huye y huye me-
drosamente a través de
las sombras. Extraños
murmullos pueblan la sel-
va y se estremecen sin
cesar las copas de los ár-
boles. Pasa un pájaro negro. Fulguran los
ojos de un animal que se oculta entre la ma-
leza.

Herminia, aterrada, aguarda con ansia el
despertar del nuevo día. Llegla la aurora al
fin y cuando va a reanudar su camino, se
detiene cautivada por el canto dulce de unos
pastores. Diríjese al lugar de donde parte
la ligera canción y sus ojos descubren a un
anciano que escucha mientras tres zagales

lanzan al viento las limpias melodías de sus zampoñas.

—Sea la paz con vosotros, pastores hermanos—díceles Herminia.

Mas los pastores, en vez de responder al saludo pónense en pie inquietos por el fulgor de las armas.

Herminia comprende y dice :

—No temáis, que estas armas no están destinadas a turbar la inocencia de vuestras faenas ni la dulzura de vuestros cantares.

—Bienvenida seas entonces a estos lugares de paz—responde el anciano.

—Si mi compañía no os desagrada, yo, desde hoy, seré una pastora más de vuestros rebaños.

—A todos nos complace tu compañía—responde el anciano, después de haber consultado a los zagales con la mirada.

Y Herminia, en el acto, trueca sus galas de guerrera por la vestimenta humilde de la pastora.

Mientras tanto, Tancredo, no cesa de caminar con la esperanza de hallar a la que él toma por Clorinda, la intrépida luchadora,

que tan profundamente ha arraigado en su corazón.

Tancredo se ha perdido. No marcha sino por el camino que le trazaban las huellas del caballo de Herminia, pero la espesura de un bosque y las tinieblas nocturnas le despistaron. Cuando de nuevo llegó la aurora se halló en un paraje desconocido donde inútilmente trató de orientarse.

Nuevas horas de marcha en busca de un indicio que le guíe de nuevo al lugar a donde se había dirigido la falsa Clorinda, y de pronto Tancredo recuerda que ha llegado el día en que debiera reanudar su lucha con Argante.

La vergüenza entonces le asalta y le turba. Creerán que ha huído por miedo. El miserable Argante hará burla de él. Tancredo se yergue y ya no piensa en Clorinda. Su espíritu es ahora tan sólo el espíritu del guerrero que ansía luchar y coloca su honor por encima de todas las pasiones.

Oye de pronto un rumor lejano y encamínase a él. Es un corcel que conduce a un

hombre vestido de correo. Tancredo le detiene y pregunta :

—¿Sabes por dónde se va al campo cristiano?

—Hacia él me encamino yo. De modo, que sígueme, si quieres.

Tancredo le sigue lleno de esperanza y pronto se halla a la orilla de un lago cenagoso que rodea a una fortaleza.

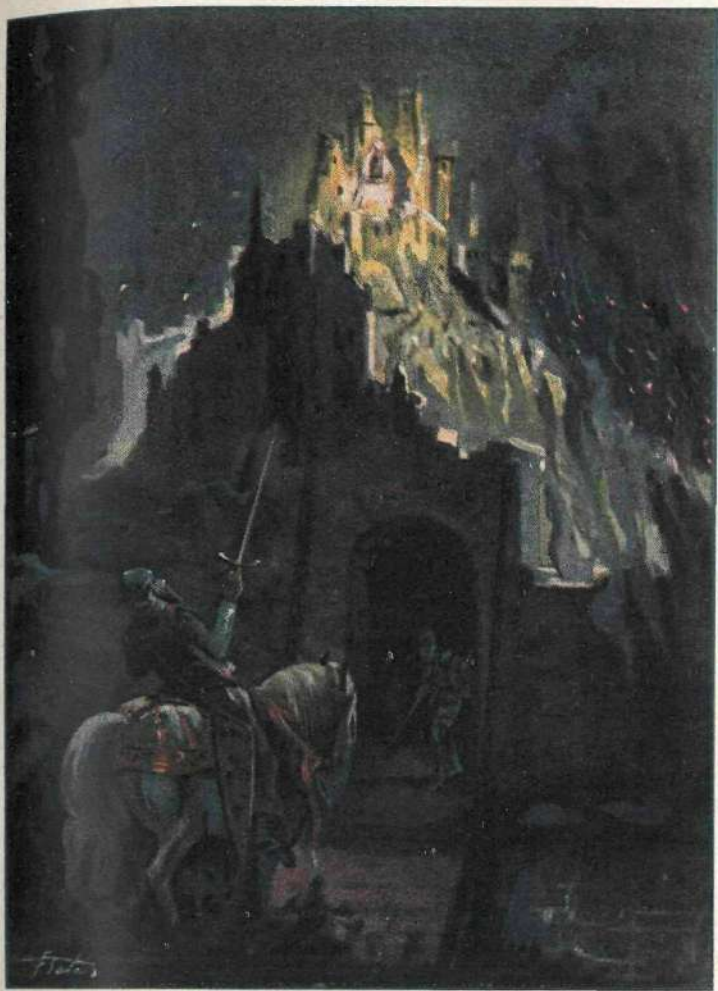
El correo hace sonar el cuerno y al punto descende un puente levadizo.

—Puesto que eres cristiano—dice a Tancredo—, podrás esperar en este sitio hasta que salga el sol. No hace tres días que este castillo fué tomado a los infieles.

Contempla Tancredo los muros inexpugnables y sospecha alguna celada. Pero, acostumbrado a despreciar los riesgos de la muerte, no manifiesta sus recelos.

Detiénese un momento junto al puente, desatendiendo la invitación del correo y en esto aparece en la puerta del castillo un guerrero armado que le dice :

—Has venido a dar con la morada fatal de Armida, la hechicera que arrastró consigo



Tancredo retrocede sorprendido...

a tanto guerrero cristiano, fingiéndose una princesa desamparada. Despójate, pues, de tus armas, entrega tus manos a las cadenas y entra en este castillo. No esperes volver a la luz del día como no jures venir con nosotros a luchar contra todo el que lleve el nombre de cristiano.

Tancredo se inflama y replica :

— ¡ Miserable ! Mi espada solo se apresta a la lucha por Jesucristo. Este brazo, instrumento de la ira del cielo, sólo fué escogido para castigarte y vengarle.

Dicho esto, Tancredo se dispone a abalanzarse sobre el infiel, mas entonces ocurre algo maravilloso. El castillo que hállase envuelto en las tinieblas de la noche, aparece de pronto iluminado por miles de antorchas que le prestan un fantástico aspecto. Ya no se ven sus muros inexpugnables y sí cortinas de luz que sustituyen a sus paredes. En lo alto se advierte a Armida, sentada en su deslumbrante trono. Tancredo retrocede sorprendido, pero en seguida vuelve a avanzar buscando con su acero el pecho del infiel. Entáblase la lucha. Tancredo alcanza a su

adversario. También él es ligeramente herido. La furia de los dos guerreros, bajo la lluvia de luz de las antorchas, tiene algo de grandioso. El cristiano se crece. Flaquea el infiel. De súbito, en una más fuerte acometida de Tancredo, el contrincante retrocede, espolea a su caballo y lánzase en medrosa fuga a las negruras de la selva. Quiere Tancredo perseguirle, mas de improviso apáganse las antorchas, núblanse la luna y las estrellas y todo el campo queda sumido en una oscuridad impenetrable. El guerrero trata de descubrir una luz hacia la que dirigirse, pero son vanos sus esfuerzos. Al fin avanza al azar. Sus pies trasponen un umbral que no distingue. Gira de súbito una puerta y el guerrero de Cristo vése encerrado en un sombrío recinto de sólidas paredes.

Se abalanza sobre la puerta. La golpea con sus fuertes puños, pero pronto se percata de que sus brazos atléticos nada podrán contra el formidable portón de hierro.

Entonces oye una extraña voz que le dice :

—Prisionero de Armida : en balde intentas salir de tu encierro. Pero no temas a la

muerte, pues no harás sino permanecer todos los días de tu vida en ese sepulcro de los vivos.

—¿Qué valor es el tuyo—replica airado Tancredo—, que así amenazas ocultándote las sombras?

—No te importe, vil cristiano. Los siervos de Armida, la hechicera, tienen algo de la sombra impalpable de la noche.

—Vengan aquí esos siervos y venga Armida. Si teméis luchar ¿qué poder de hechizo es el vuestro?

—No te importe, vil cristiano. Sufre y calla. En ese antro negro como boca de monstruo contarás uno a uno todos los minutos de tu vida.

—¿Quién eres, villano, que así te ocultas?

—No te importe, necio defensor de Cristo.

Y continúan las preguntas de Tancredo y nuevas respuestas misteriosas se oyen surgir de las tinieblas.

¿Qué poder de magia es el de Armida que así hace hablar a las sombras? Hasta en el aire que respira percibe Tancredo hálitos misteriosos. En el castillo encantado todo

amenaza sorpresas infernales. Oyense rumores extraños y hay en el ambiente la densidad inquietante de los recintos donde viven los demonios.

Pero Tancredo no tiembla. Dios y su brazo son más fuertes que los designios de Satán.

* * *

Mientras tanto, en el distante Jerusalén se suceden los trágicos acontecimientos. En el día fijado para la continuación de la lucha con Tancredo. Argante envía al heraldo al campamento de Godofredo de Bullón para que anuncie el nuevo combate.

Váse el heraldo y vuelve en seguida con la respuesta de que se le aguarda en el lugar del encuentro. Un enorme gentío se coloca junto a las murallas para presenciar la segunda parte del desafío. Aladino envía a Clorinda con numerosa tropa a las proximidades del lugar de la lucha y suenan las trompetas anunciando el acontecimiento.

Aparece Argante con su fúlgida armadura y los infieles le abren paso. Mas al llegar al

campamento cristiano se detiene. ¿Dónde está Tancredo?

Esta misma pregunta nubla la frente de Godofredo de Bullón. Cuando el heraldo ha anunciado la continuación de la lucha sus ojos han buscado en vano la figura gallarda de Tancredo o la de un posible sustituto. ¿Dónde se hallan sus guerreros? Los únicos que se libraron de los hechizos de Armida, no siendo arrastrados por ella, permanecen ahora ausentes: Tancredo se ignora dónde, Reinaldo vagando desterrado por las selvas.

Argante tacha de cobardes a aquellos guerreros que tardan en acudir al desafío y Godofredo entonces se yergue y pide la armadura.

—Yo mismo, a pesar de mi edad, castigaré tus desafueros—dice, y se dispone para la lucha.

Pero entre los súbditos cristianos, si no guerreros de la intrepidez de los que se hallan ausentes, quedan hombres de coraje que saben cumplir con su deber. Uno de ellos exclama:

—No, Godofredo de Bullón, no te corres-

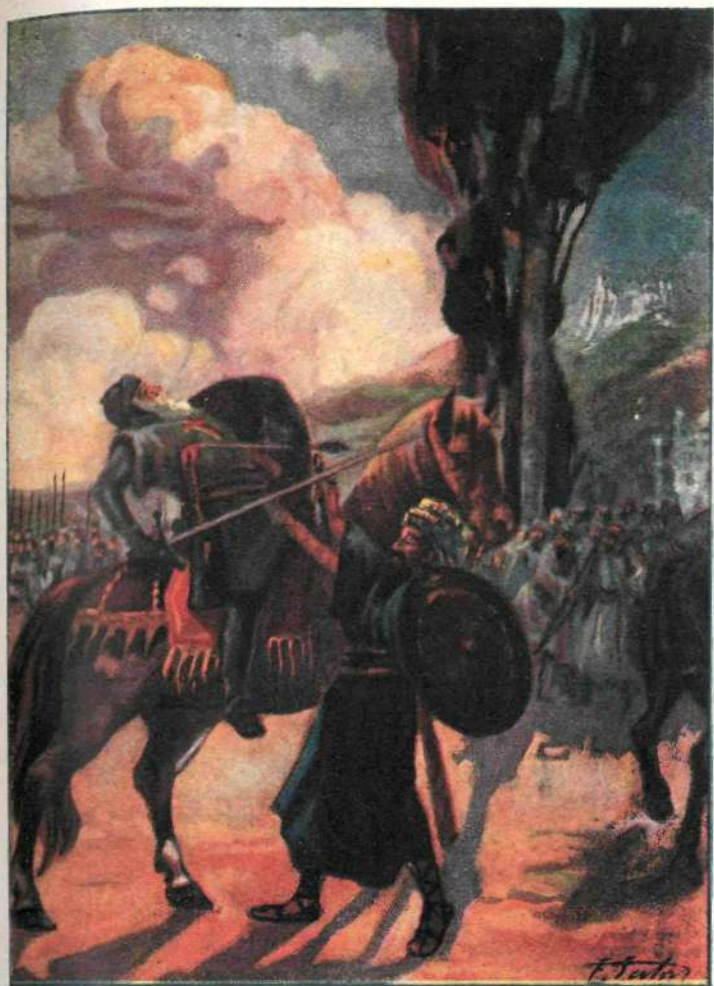
ponde a ti sustituir a Tancredo, sino a cualquiera de nosotros. Decida la suerte quién ha de ser el contrincante de ese vil sarraceno que nos insulta. Tu puesto no está aquí sino en tu tienda. Tú no debes pelear, sino dirigir. En nombre de todos los guerreros cristianos te pido que se realice el sorteo.

Tantas son las súplicas que llueven sobre el caudillo, que éste, al fin, accede y se despoja de la armadura. Escritos los nombres en papeles iguales y sacado uno al azar, éste resulta ser el del Conde de Tolosa, el glorioso anciano cuyo heroísmo es conocido en el mundo entero.

Todos los pechos son agitados por la inquietud, pero pronto los anima una extraña fe.

Argante sonrío saboreando de antemano la victoria. Para su brazo robusto es muy poco la cabeza encanecida del Conde de Tolosa.

Suena una trompeta y aparece el luchador cristiano en la liza. Argante espolea a su caballo y la lucha no se hace esperar. Esquiva el cuerpo el Conde, se revuelve y perfora con



...y se clava en el pecho del conde...

su acero la armadura del infiel. Este primer golpe del antiguo luchador arranca un grito de ira de la multitud mahometana. La expectación y la extrañeza son enormes. ¿Irá a vencer el viejo paladín al joven luchador sarraceno?

Argante babea de ira. Nuevamente espolea a su caballo y esta vez alcanza al Conde de Tolosa, pero su acero salta hecho trizas al chocar con la armadura. El desconcierto ahora es indescriptible. ¿Qué poder misterioso ha dispuesto tal milagro? Argante es el primero que permanece atenazado por la sorpresa. Ha sido derrotado por el paladín de cabeza cana. Va a entregar el puño de su espada al vencedor, mas, de súbito, acontece algo inesperado. De las filas de los infieles parte una flecha que perfora la armadura y se clava en el pecho del Conde.

Y el Conde de Tolosa cae de lo alto de su caballo y queda muerto en la liza.

Godofredo, el bravo y noble Godofredo de Bullón, se yergue rojo de indignación.

—¡Soldados cristianos — exclama — ven-
gad a vuestro jefe!

En un instante, la pacífica masa de espectadores se convierte en belicosa multitud que atrona el espacio con sus gritos. Resuena el chocar de las armas. Golpean el suelo los cascos de los caballos.

El enemigo se agita en igual proporción. Clorinda con sus tropas y Argante con la suya quieren hacer frente al aluvión arrollador de los ejércitos cristianos pero se ven precisados a ceder a su empuje. Retroceden. Godofredo da órdenes y anima a sus soldados. «¡Victoria! ¡Victoria!», se oye gritar en las filas de los fieles. Y aumenta el estrépito de los cascos y las espadas y crece la bravura de los defensores de Cristo.

Pero lo inesperado vuelve a cambiar el rumbo de las cosas. Satán envía al cielo una negra nube. Se oscurece la tierra y el espacio, y un trueno retumba en los ámbitos de la selva.

Sin dar tiempo a que los cristianos se repongan de la primera impresión, un relámpago inflama los cielos y un segundo trueno conmueve las entrañas del mundo. Seguidamente, un viento infernal azota los rostros

y una impetuosa lluvia de piedra cae sobre los cascos y los escudos.

Desde este punto la suerte de los ejércitos cristianos cambia en absoluto. Los soldados, acuciados por un terror invencible, se dispersan y huyen atropelladamente.

Godofredo quiere calmarlos, pero es inútil. El campamento cristiano comienza a recoger fugitivos. Clorinda y Argante los persiguen con ímpetu irrefrenable. Y todas las tropas enemigas hacen ahora suyo el grito alegre de «¡Victoria!»

Cuando ya todos los súbditos cristianos se han recogido en su campamento, véase volver hacia las murallas de Jerusalén a Clorinda y Argante mientras el huracán y la lluvia siguen azotando furiosamente las tiendas de los guerreros.

DISTURBIOS ENTRE LOS CRISTIANOS. ASALTO DE SOLIMAN

VII



EN el cielo ahora ríe el sol, y el aire es apenas agitado por ligeras brisas. En los pechos de los cristianos ha renacido también la calma y el natural valor. Pensando se hallan en el nuevo ataque a los infieles, cuando aparece en el campamento una partida de guerreros con rebaños y cebada que han arrebatado al enemigo.

Mas no son sólo portadores del botín, sino que también traen consigo huellas indudables de un triste suceso.

Constituyen estas huellas la armadura de Reinaldo, rota y ensangrentada.

Al punto se difunde el rumor por el campamento y una multitud se agolpa alrededor

de las armas del valiente guerrero, cuyo nombre, al ser ahora pronunciado, ha despertado mil dormidos afectos.

—¡Reinaldo, el héroe, el que se cubrió de gloria luchando por Jesucristo!

La infausta nueva llega a oídos de Godofredo y su corazón se conmueve como ninguno.

Vuela al lugar donde se han depositado las armas y allí pregunta a Alipuando, jefe de los guerreros portadores de la armadura :

—¿Cómo y dónde has hallado estas armas? Bueno o malo, nada me ocultes.

—Cerca de Gazza—responde el guerrero—y en un lugar que por lo escondido parecía muy a propósito para una emboscada, hallamos, siguiendo un rastro de sangre, el cuerpo sin cabeza de un guerrero. Al reparar en que la armadura era la de Reinaldo, retrocedimos horrorizados. ¿Sería también suyo aquel cuerpo? Mis ojos, que buscaban algún indicio que ratificara o desmintiera mis sospechas, descubrieron entonces a un aldeano, el cual, ante mis preguntas, nos contó que la víspera vió salir de aquel valle

una partida de guerreros y que uno de ellos llevaba en la mano una cabeza rubia y ensangrentada. Por el traje que usaban advirtió el aldeano que aquellos guerreros eran de los nuestros. El hecho de que la cabeza fuera rubia no podía ser más significativo, y mi dolor no pudo permanecer oculto por más tiempo. Hice enterrar el cuerpo del héroe y regué de lágrimas la tierra que le cubría.

Godofredo quedó pensativo. ¿Un guerrero cristiano portador de la cabeza de un heroico defensor de Cristo? Imposible. Su noble pecho se niega a admitir tal insensatez.

Llega la noche. El reposo es una tregua para el dolor general, pero hay en el campamento un guerrero que no duerme. Ese guerrero es Argillan. Su espíritu inquieto le mueve a concebir la sospecha de que Reinaldo ha sido asesinado por orden de Godofredo y esta idea nefasta aleja el sueño de sus ojos.

Cuando el alba llega, ha tomado ya una determinación y se dispone a ponerla en práctica.

Reúne a los soldados italianos y exagera sus antiguas rivalidades con los franceses.

Tal es el entusiasmo con que les habla, tal es la inspiración que le prestan los infiernos, que pronto en los grupos de oyentes suenan los primeros gritos bélicos.

—¡ A las armas ! ¡ A las armas !

Las desordenadas voces despiertan a Godofredo que duerme en su tienda. El caudillo se entera de lo que acontece y, calmando a los soldados que con terror han ido a darle noticia del levantamiento, sale al encuentro de los rebeldes y les dice con noble ademán y tono mesurado :

—¿ Cómo es posible que hayáis llegado a tal grado de ofuscación ? ¿ Yo asesino de Reinaldo, un héroe de sangre cristiana ? ¿ No me conocéis ? ¿ No conocéis a Godofredo de Bullón ? Nada haré por defenderme. Libres sois de pensar a vuestro antojo. Pero volved la vista en derredor vuestro y comprobad en qué concepto tiene el mundo entero mi nombre.

Bastaron estas palabras para que de las filas de oyentes saliera un murmullo de aprobación, prueba de su arrepentimiento.

—No os tomo en cuenta, sin embargo—

prosigue Godofredo—vuestra falta de respeto y confianza hacia mí. Lo que sí haré es castigar al culpable, a Argillan, que os ha inducido a cometer semejante falta, poniendo en peligro la paz de los cristianos.

Y dicho esto, mientras la multitud ve cómo encadenan a Argillan, el caudillo se retira a su tienda y da nuevo rumbo a sus pensamientos.

* * *

Solimán es el más feroz de los guerreros rebelados contra Dios. El rey de Turquía solía tener en Nicea la silla de su imperio y sus estados hallábanse vecinos a Grecia. Mas los latinos han abatido su trono y él se ha visto precisado a refugiarse en la corte del rey de Egipto. Con él resuelve oponerse a la conquista de Jerusalén por los cristianos, y el monarca le envía a comprar el auxilio de los árabes mientras él reúne las huestes de Asia y Africa.

Obedece Solimán y pronto es jefe de una numerosa partida de seres salvajes y codiciosos, nacidos para el robo y el crimen.

Después de devastar Gudea y dar otras

muestras de su sed inagotable de destrucción, hállese el turco casualmente ante el campamento de los cristianos.

El silencio lo envuelve todo. La luz de las estrellas es débil y no logra sino hacer más frágil la sombra que todo lo oculta. Vuelan pájaros de mal agüero y hay en la selva fantásticos rumores.

Solimán, agitado por insano anhelo, detiene a su feroz cuadrilla y habla en estos términos :

—Ved ese ejército que se ha tragado todas las riquezas del Asia. Sus armas son del mejor acero. Sus caballos están enjaezados con oro y púrpura. Es un rico botín el que nos ofrecen estos cristianos y el momento es propicio para el asalto porque todos duermen. ¡ Adelante, pues ! Seguidme en silencio, que yo mismo os abriré paso con mi espada.

Agítase la horda e intérnase con precaución en el campamento cristiano. Solimán va delante con el acero desnudo. Furtivamente, arrastrándose como reptiles, avanzan con los afanosos ojos fijos en el pingüe botín.

Pero en aquella parte del campamento hay una agrupación de tropa que hace guardia y les descubren.

Uno de los centinelas da la voz de alarma y los guerreros guardianes acuden como un solo hombre.

Solimán, al hallarse descubierto, agítase iracundo; mas en vez de retroceder y emprender la fuga, siéntese batallador, conviértese de jefe de una horda en caudillo y da el grito de «¡ Guerra !»

El es el primero que se abalanza blandiendo el acero sobre los soldados cristianos, y los árabes, arrastrados por su valor, le siguen.

Instantes después corre a raudales la sangre por aquel confín del campamento cristiano. Rugidos de ira y gritos de dolor vuelan por el aire quieto de la noche. La lucha es feroz y encarnizada. Solimán, tal es su fiereza, que no yerra golpe. Al embate de su espada caen en racimo los soldados cristianos. El que los manda quiere animarles y exacerbar su valor, pero los fieles de Cristo,

ante aquel combate arrollador, no buscan sino un camino por donde huir.

Realízase al fin la desordenada fuga y Solimán corre tras ellos dando gritos de victoria y levantando el ánimo de su gente.

—¡ A ellos, hijos de la selva ! ¡ Son nuestros !—les dice y en sus ojos fulguran luces infernales.

Y allá va la horda sedienta de oro y de sangre, mientras los nobles soldados cristianos huyen despavoridos.

Mas de súbito surge ante ellos la figura arrogante de Godofredo de Bullón, el más famoso guerrero de la tierra, a la cabeza de un numeroso ejército.

Apenas se entablara la lucha entre árabes y cristianos, recibió noticias del suceso, y abandonando en el acto su tienda, llama a los jefes, forma a los soldados y se dispone a ir en auxilio del reducido número de cristianos que luchan en el límite posterior del campamento.

Mas de pronto, oye por la parte de la ciudad sonar de trompetas y ruidos de armas. Vuelve hacia Jerusalén su rostro y distingue

a Clorinda y Argante que vienen sobre él a la cabeza de un ejército de sarracenos.

El caudillo no se inquieta. Llama a Güelfo, le cede parte de sus tropas y le envía a detener a la gente de Aladino. El se encamina hacia el lugar donde combaten los árabes.

Entonces es cuando se tropieza a los cristianos que huyen despavoridos de la furia de Solimán.

Y entonces es cuando, irguiéndose majestuosamente en su caballo, alza el brazo y les dice :

—¿A dónde vais, hijos de Cristo? ¿Qué podéis temer estando aquí Godofredo, cuya espada sólo conoce la victoria?

—Señor—dice uno de los fugitivos—. Solimán tiene la ayuda de todas las fuerzas del infierno. Es en vano que luchemos con él, pues no es un hombre sino un demonio.

—¿Y qué puede un demonio contra Dios? ¡Adelante, soldados de Cristo!

Y él es el primero en salir al encuentro de los árabes y en abatir con su espada a los que más inspirados por el demonio parecen.

Los soldados, animados por el ejemplo del caudillo, se lanzan fieramente a la lucha. Chocan las armas. Vuelven a oírse los gritos de angustia y de victoria. Comienza a despuntar el día y a los primeros resplandores del alba, centellea la espada de Godofredo de Bullón con celestes fulgores.

Entretanto, la turbamulta de los soldados de Aladino que mandan Clorinda y Argante, se detiene ante las tropas de Güelfo. Allí la lucha es menos fácil, mas también los cristianos muestran una bravura difícil de contrarrestar.

Argante y Clorinda no dan tregua a su espada. El brazo de los intrépidos luchadores siembra la muerte por doquier. No semejan seres humanos, sino leones hambrientos. Gritan, blanden el acero, corren, atacan. Su brazo no conoce la fatiga, su pecho ignora qué es el temor.

Güelfo representa para ellos un duro contrincante, pero Güelfo es uno y ellos son dos. Los cristianos no retroceden, pero tampoco avanzan. Los primeros rayos del sol son tes-

tigos de una lucha que dejará memoria por los siglos de los siglos.

Mas de pronto llega Argillan. Encadenado y apresado por la misma gente que había tratado de levantar contra Godofredo, rompe sus ligaduras, huye de la prisión y corre a reparar con su espada la falta cometida.

Ningún guerrero sarraceno ni cristiano puede compararse a él. En alto la espada, erguido el pecho, corre a entregar su vida por Godofredo de Bullón.

A su embestida, flaquea hasta el propio Argante. Lucha con él, con Clorinda y con cien más a un tiempo y para todos tiene un golpe temible su espada. El mismo sol atemorizado, se oculta en una nube. Argillan mata, hiere, derriba. Y Güelfo y los suyos, cuyo valor no decrece un solo instante, hieren, matan y derriban con él.

Aparece en esto Aladino y da a sus guerreros la orden de retirada.

Obedecen los sarracenos y el campo queda libre y del dominio de los cristianos.

Güelfo y Argillan ven entonces llegar a Godofredo, también victorioso.

ALIENTA A LOS SITIADOS LA PRESEN-
CIA DE SOLIMÁN Y A LOS SITIADORES
EL REGRESO DEL PRISIONERO DE AR-
MIDA, LIBERTADO POR REINALDO

VIII



SOLIMAN, ensangrentado y rendido por la fatiga, ve partir a Godofredo con sus súbditos y el gesto de victoria que resplandece en el rostro del caudillo, le irrita y le enloquece.

Solimán está solo. Nadie más que él ha salido con vida de la horda de árabes. Por dondequiera que extienda la mirada sólo ve cadáveres y miembros mutilados, sólo la sangre que ratifica su derrota. Se pone en pie e intenta aún marchar en pos del caudillo para hundir en él su espada. Pero el cansancio le rinde, y vuelve a caer, y de nuevo queda inmóvil, mientras un jadeo silbante mueve su pecho.

Se repone al fin y ahora se yergue con decisión. En su alma palpita un odio inmenso contra los cristianos. Marchará a Egipto y allí se presentará al monarca para emprender en su ayuda la contraofensiva. ¿Logrará vengarse de Godofredo? Sí. Una voz interna le dice que sí, que su brío, su valor y su ira no pueden fracasar en una empresa de venganza.

Pero anda y anda durante horas y horas, y sus piernas vuelven a flaquear y sus ánimos a decaer. Cae al fin impotente ya para dar un solo paso, y sus párpados se cierran y un sueño superficial y ligero se apodera de él.

Mas de improviso, oye que una voz interrumpe su decanso :

—Soy... No te lo diré, Solimán. Sólo sabrás de mí que me interesa más de lo que parece el éxito de tu empresa y vengo a infundirte nuevos bríos y a levantar tu ánimo.

Es un anciano el que habla.

Solimán está estupefacto. Prosigue el viejo :

—¿Para qué quieres ir a reunirte con el

rey de Egipto? Harías un viaje inútil, pues en breve y sin necesidad de tu compañía vendrá a estas tierras aquel monarca. Si quieres tomar un guía, yo te introduciré en Jerusalén y allí podrás dar empleo a tu espada y alcanzar la gloria que ansías luchando contra los cristianos.

El rostro de Solimán se anima y desaparecen de él las huellas del recelo.

—Si es así, desconocido anciano, prometo seguirte. Admito tus consejos porque ellos me conducen al peligro.

El viejo alaba la respuesta y dice a su vez :

—Vamos, pues, que el carro que ha de conducirnos nos espera.

Efectivamente, al ponerse en pie, ve Solimán que cerca de ellos hay un carro. Hacia él se dirigen el sultán y el misterioso viejo. Suben. El anciano coge las riendas y arrea a los briosos corceles.

Tan veloces van éstos, que en el suelo no quedan vestigios de sus cascos.

De pronto ¡oh, maravilla!, condénsase el aire que circunda a Solimán y el carro queda envuelto en una nube blanca que le

transporta por el espacio a una velocidad inapreciable.

El sultán, sorprendido, ruega al misterioso anciano que tanto poder posee :

—¡ Oh, tú ! quienquiera que seas, que de modo tan insólito dobles la naturaleza a tu voluntad, dime cuál ha de ser el fin del pueblo asiático, agitado ahora por tanto disturbio.

—No sé. No llega mi poder a tanto.

—¿ Quién eres, pues ? ¿ Acaso tampoco eso querrás decirme ?

—Sí. Puesto que tan ardientemente lo desees, desisto del empeño de ocultarte mi nombre. Soy Ismeno, el que los sirios denominan mago.

El carro hállase nuevamente sobre el campamento cristiano y, desviándose a uno de sus extremos, detiéndose sobre la cumbre de una colina.

Apéanse allí los viajeros y mientras el carro desaparece, el anciano guía a Solimán a la entrada de una cueva que las malezas medio ocultan.

—Entra—dice el viejo al sultán.

Y el árabe retrocede temeroso.

—¿Es forzoso que vaya por tan oculto camino?

—Sí. Calla y obedece. Este sendero nos conducirá a donde Aladino, reunido con sus jefes y consejeros delibera acerca de su situación ante los cristianos.

Solimán, al oír estas palabras, encorva el cuerpo y penetra en la cueva, avanzando por ella hasta llegar a la mitad del tenebroso antro. Allí Ismeno abre una puerta, y subiendo seguido del sultán por una angosta escalerilla, llegan a un lujoso recinto donde se halla Aladino rodeado de sus consejeros.

Solimán y el misterioso anciano están aún ocultos por la espesa nube que les envuelve, y así, pueden oír sin ser vistos.

Aladino es el que habla :

—¡ Oh, fieles amigos ! Día fatal fué el de ayer para nuestro imperio. Frustradas nuestras esperanzas, ya sólo podemos pensar en el auxilio de Egipto. Mas este socorro está tan lejano como cercano el peligro y por este motivo os he reunido aquí para que me ayudéis con vuestros consejos.

Entonces levántase Argante y replica :

—Harto conocido, magnánimo rey, es nuestra situación, pero me atrevo a decir que sólo debemos cifrar nuestras esperanzas en nosotros mismos. No se crea que yo desconfíe del auxilio de Egipto, pues mi rey me lo prometió y no es lícito ni justo dudar de sus promesas ; pero desearía ver menos desaliento en algunos de nosotros y que, por encima de todo, confiáramos en nuestro propio valor.

Una vez Argante pone fin a su discurso, replica Orcano, el viejo experto y prudente :

—Señor : no es que acuse la vehemencia de las palabras de Argante, puesto que ellas son hijas del más puro valor ; mas sí me atrevo a aconsejar reflexión y prudencia. ¿Cuándo llegarán a nosotros los auxilios de Egipto? Y si llegan ¿serán estos suficientes para protegernos de las arrolladoras embestidas de los guerreros cristianos? El valor excepcional que muestran aquí Clorinda y Argante lo poseen muchos jefes cristianos. ¿Quién puede dudar de la capacidad y astucia guerrera de Godofredo de Bullón? La

prueba más convincente de lo que digo es la suerte que en este instante corre el desterrado Solimán.

Al oír pronunciar su nombre, el fiero sultán se agita y vuelve sus ojos suplicantes hacia el mago. Este hace que la nube se desvanezca y ambos quedan al descubierto con gran admiración de Aladino y de la gente que le rodea.

—Aquí está Solimán, pero no dispuesto a admitir las palabras despectivas de Orcano. Mi trono perdí, mas confío en recuperarlo con el esfuerzo de mi brazo y el poder incombustible de mi espada. Si Aladino acepta mi ayuda, los cristianos dejarán de ser un peligro para Jerusalén y yo recobraré mi trono.

La asamblea en pleno aplaude las palabras calurosas de Solimán. Aladino se levanta y, después de abrazarlo, ofrécele un puesto al lado suyo. Continúa la deliberación, pero ya en el rostro de todos hay un resplandor de esperanza.

* * *

Mientras tanto el noble Godofredo medi-

ta en su tienda del campamento cristiano. Recuerda que en el momento culminante de la última batalla, mezclóse inesperadamente a las filas de sus soldados una partida de guerreros llegados de no sabía dónde, los cuales, mostrando una pericia y un valor desusados, decidieron de su parte la victoria sobre los árabes y los ejércitos de Aladino.

Llama a su escudero y le pregunta :

—¿ Hay en el campamento algún guerrero extranjero llegado aquí en el fuerte de la última batalla ?

—No son extranjeros, señor, sino los héroes cristianos que fueron arrastrados por Armida.

Godofredo, sorprendido, se pone en pie de un salto.

—¡ Cielos ! ¿ Mis héroes ? ¿ Los que yo creía tan lejos e indiferentes a nuestros peligros ?

—Los mismos, señor. Tancredo que hallábase prisionero también en el castillo de Armida, ha regresado con los demás, y todos aguardan impacientes el momento de rendirte su saludo.

—Vé, amigo mío y diles que también yo les espero con impaciencia.

Váse el escudero y pronto aparecen en la entrada de la tienda los famosos héroes cristianos.

El instante de los saludos hincha los pechos de emoción. En todos los rostros hay muestras de indecibles fatigas.

Mas Godofredo logra dominarse y dice así a sus camaradas :

—Desearía que alguno de vosotros me contase lo que os ha sucedido durante este tiempo porque habéis permanecido ausentes del campamento cristiano.

Todos abaten los ojos con vergüenza, pero al fin uno dice :

—Como sabes, señor, partimos de aquí gran número de guerreros siguiendo las huellas de la pérfida Armida, que había logrado hacernos caer en sus redes. ¡ Nunca lo hubiéramos hecho, oh prudente Bullón ! Tras haber caminado durante muchas horas, llegamos a un oculto lugar donde alzábase la mole de un castillo rodeado por un lago de aguas cenagosas. Al borde mismo de este

lago hay un florido jardín donde todo es ameno y alegre. A él llegamos cruzando el castillo y vimos que cerca de las aguas del oscuro estanque había preparada una mesa con los manjares y los vinos más exquisitos. Sentámonos a cenar, y tras gozar durante buen rato de los mareantes perfumes de las flores y del voluptuoso ambiente endulzado por las sonrisas de Armida, ésta se fué por un sendero y reapareció en seguida provista de un libro y una varita. Comienza a leer y al influjo de su voz no sé qué algo extraño siento en mí que me trastorna y me mueve a lanzarme a las aguas del lago. Entonces mis miembros se contraen, se nublan mis pensamientos y quedo convertido en un enorme pez. Todos mis compañeros corren igual suerte y, al fin, volviéndonos Armida a nuestra antigua forma nos dice: «Ya conocéis mi poder. Con una palabra puedo convertiros en peces, aves o plantas y con otra sepultaros en eterna noche. Sin embargo, podéis libraros de mis iras con sólo traicionar a Godofredo y luchar no por él, sino contra él.» Todos protestamos con irrita-

ción y Armida entonces nos encierra en un lúgubre sótano, donde hallamos a Tancredo, a quien el azar ha conducido al mismo castillo. Allí permanecemos hasta que la puerta de la mazmorra se abre y, atados y escoltados, se nos conduce a Damasco para obligarnos a jurar fidelidad a su rey. Mas hallándonos a medio camino, aparece Reinaldo y, ansioso siempre de nuevas proezas, acomete a la escolta, vence en la lucha y nos libra de nuestras cadenas. Dirigímonos al punto a este campamento y he aquí, magnánimo caudillo, cómo pudimos aún hacer algo por nuestros hermanos, los hijos de Cristo.

Grandemente ha interesado a Godofredo el relato, mas su atención se concentra especialmente en cierto punto de él.

—Así, pues—exclama—. ¿No es cierta la noticia de que haya muerto Reinaldo?

—No es cierta, señor. Nosotros le vimos y le tocamos y oímos su voz. Si se halló su armadura ensangrentada fué porque la abandonó para dirigirse a Antioquía vestido de peregrino.

Bullón, conmovido, levanta los brazos al cielo en acción de gracias.

Y en los pechos y en los ojos de todos los cristianos palpita la honda alegría que les posee.

NUEVO ATAQUE A LA CIUDAD.—AC-
CION HEROICA DE CLORINDA.—SU LU-
CHA CON ARGANTE.—DUELO

IX



SE prepara el nuevo ataque a Jerusalén. Godofredo manda disponer las balistas, las máquinas que han de disparar sobre los infieles una lluvia de pedruscos y flechas y da las órdenes oportunas para que los esfuerzos de los cristianos sean eficaces.

Sobre todo se ocupa del arreglo de la torre, enorme máquina de madera y hierro que sobre dos descomunales ruedas ha de avanzar llena de guerreros y balistas hacia los muros de la ciudad sitiada. La máquina supera la altura de las murallas y desde ella se podrá disparar certeramente un aluvión de flechas sobre los sarracenos.

Preparado el gigantesco mecanismo, Godofredo se viste con el simple ropaje de un soldado y da la señal de marcha.

Los sitiados les aguardan provistos de flechas, piedras y betún hirviente en abundancia.

Es horrenda la lucha que se entabla en seguida. Abajo se oyen los gritos de dolor de los cristianos que se desploman abrasados por la lluvia del quemante líquido. Arriba resuenan los aullidos rabiosos de los sarracenos que se retuercen heridos por los disparos de las balistas.

El asalto se hace cada vez más difícil. Muertos gran número de cristianos, las flechas que llueven sobre los dueños de Jerusalén son menos y las balistas no son suficiente a contrarrestar el desafuero de los sitiados.

Pero ahí están Godofredo, y Eustaquio, y Tancredo y otros héroes de valor y destreza imponderables y ellos son los que siguen manteniendo en gloriosa altura el pabellón cristiano.

Uno intenta escalar los formidables mu-

ros y cae herido por la espada certera de Argante. Otro sucumbe a la furia de tigre de Solimán. Y finalmente, Clorinda, con su maravillosa pericia de arquero, hiere en una pierna a Godofredo de Bullón.

Desde este punto, no sólo el ataque sino la defensa, se hace en extremo difícil y los cristianos, siempre prudentes, se retiran a su campamento cuando ya el sol se ha ocultado en occidente y comienzan a poblar el espacio las primeras sombras de la noche.

* * *

Es ya noche cerrada y todo duerme en redor de los muros de la Ciudad Santa.

Sólo algún centinela, algún cuervo que acude al olor cálido de la sangre y alguna fuente que fluye por las vertientes de las próximas colinas, velan en la inmensa quietud del campo.

En Jerusalén, no obstante, permanece despierto y alerta más de un guerrero.

No duerme Clorinda, no duerme Argante. Uno y otro tienen los ojos fijos en la mortífera torre que ahora se yergue entre el fantástico llamear de las hachas.

Y Clorinda vuelve hacia Argante el rostro y le dice :

—Esa terrible máquina que el ingenio cristiano ha construído, ha de quedar esta misma noche convertida en cenizas.

—¿Cómo lo lograrás?—inquire Argante.

—Yendo yo misma hasta ella y prendiéndole fuego.

—No irás sola, reina de la guerra—dice el héroe, y ya toda su sangre arde en afán de emprender la marcha hacia el campamento cristiano.

Clorinda, que no quiere que por su causa corra tan grave peligro el intrépido paladín, intenta disuadirle de sus propósitos de acompañarla.

—¿Y quien quedará para defender estas murallas? El rey Argante necesita de tu compañía en todo momento.

—¿Yo por qué no la tuya, oh sagaz Clorinda?

—O de la mía. Basta con que uno de los dos permanezca aquí.

—Quédate tú, pues, y permíteme a mí

que una vez más mi sangre se derrame en fiera lucha contra los cristianos.

—No, amigo mío ; yo he de ser quien parta, puesto que mía fué la ocurrencia.

—Clorinda no partirá sola—afirma entonces el fiero Argante—. Una red insaciable de sangre cristiana me domina ; mi brazo y mi espada dijérase ; oh, heroica doncella ! que me arrastran a ese lugar donde un enorme mecanismo en forma de torre nos amenaza elevándose hacia el cielo osadamente.

Calla un momento y repite :

—Partiré contigo, Clorinda.

Y sin aguardar a oír las réplicas que ve apuntar en los labios de la dama, encamínase en busca de Aladino y le habla en estos términos :

—Señor : la invicta Clorinda ha concebido la idea de reducir a cenizas esa mortífera torre que es un reto constante para tus ejércitos. Sus deseos, como los míos, son partir esta misma noche, cuando el sueño haya rendido completamente a los cristianos, y, provistos de los materiales imprescindibles

U.A.M.
BIBLIOTECA
DE EDUCACION

bles, hacer arder por los cuatro costados a la descomunal máquina de guerra. Para ello, señor, solicitamos tu consentimiento.

Aladino alza entonces los ojos al cielo y exclama :

—¡ Loado seas tú ! No, no caerá tan pronto mi imperio puesto que lo sostienen tan esforzados paladines.

Y añade dirigiéndose a los héroes :

—Id. Conquistad la gloria y la fama que merecéis. Que esta ocasión sin precedentes quede indeleble en la mente de todos los moradores de la Tierra. Id.

Y los abraza y les promete una gran recompensa.

Ambos salen sigilosamente, envueltos en la oscuridad. Van juntos por la colina y pronto llegan al lugar donde se halla la terrible torre.

Mas ésta está muy vigilada por los centinelas cristianos y se oye la voz de uno de ellos.

Argante y Clorinda, sin prestar atención al grito del soldado, continúan avanzando sigilosamente.

—¡ Al arma ! ¡ Al arma !—avisa entonces el centinela.

La fiera pareja acomete entonces a los soldados cristianos que dormían cerca de la torre y han despertado al grito inesperado.

Y es tal el arrojo de Clorinda y tal el vigor de Argante, que los fieles van formando con sus cadáveres una tupida alfombra, sobre la que la invencible Clorinda llega hasta la torre y le prende fuego.

Las llamas se elevan rápidamente hacia el negro cielo. Confúndese el fuego de las hachas y el que convierte a la torre en una fantástica lengua rojiza.

—No volverás a disparar más flechas sobre la ciudad que gobierna Aladino—dice Argante blandiendo la espada y clavando su mirada feroz en el incendiado mecanismo de guerra.

Dos escuadrones de cristianos acuden presuntamente al lugar del siniestro, mas también para ellos tiene una frase terrible el invicto paladín.

—Pocos son dos escuadrones. No obstan-

te, procuraré que con su sangre haya suficiente para apagar este incendio.

Y levanta la espada y acomete a los cristianos. A un lado y a otro van desplomándose los cuerpos de los soldados heridos. Hállase un momento en peligro, mas pronto vuela Clorinda en su ayuda. Tal es el estruendo que esta lucha produce, que en el acto vense aparecer nuevos refuerzos cristianos.

Estos son tan numerosos, que los terribles héroes tienen que huir hacia los muros de la ciudad santa. Retroceden sin cesar de luchar con el enemigo y no con tanta prisa que no puedan de vez en vez descargar un certero golpe con el acero.

Llegan a las murallas, mas los soldados cristianos siguen acosándoles. Hállase en peligro la pareja. Solimán los ve y corre a abrir las puertas que han de darles paso dejando fuera al enemigo, mas es grande el tumulto y sólo Argante consigue librarse de las justas iras de los cristianos.

Clorinda queda fuera. Se ha cerrado el portón y el enemigo la obliga a huir hacia la

falda de una colina, donde consigue despistar a sus perseguidores.

Uno, no obstante, no la pierde de vista. Es Tancredo, que vuela hacia ella y le da alcance.

—Detente, súbdito de Aladino—ruge sin reconocer en el guerrero enemigo a la dama de sus sueños, pues la celada cubría totalmente su rostro.

—Detente y prepárate a recibir el duro castigo que te envía el cielo.

Clorinda, sin responder, apercibe el acero.

Tancredo la acomete y una lucha sin precedentes tiene lugar en las oscuras y desoladas tierras de Palestina.

Pelean a ciegas, sin cuidarse de parar los golpes ni de retroceder, pues la sombra y el furor les impiden usar de la destreza y el arte. Las espadas centellean y producen un metálico ruido al encontrarse una con otra.

Llega al fin el instante fatal. Tancredo hunde certeramente su acero en el cuerpo enemigo y Clorinda se desploma y exclama con agónico susurro :

—Venciste, amigo mío. Yo te perdono. Perdona tú también, no ya a mi cuerpo que pierde la vida, sino a mi alma que tanto error ha cometido. Ahora que dejo este mundo veo la clara luz que rodea a Jerusalén y a ella quisiera ir para estar cerca de Dios.

Hay algo tan doloroso y suave en esta queja, que Tancredo corre a un cercano arroyo para lavar las heridas del caído y darle de beber.

Hace lo primero, mas al realizar la segunda operación, algo detiene y petrifica su brazo.

Tiene que descubrir los labios del agonizante y al levantar la celada queda al descubierto todo el rostro de Clorinda.

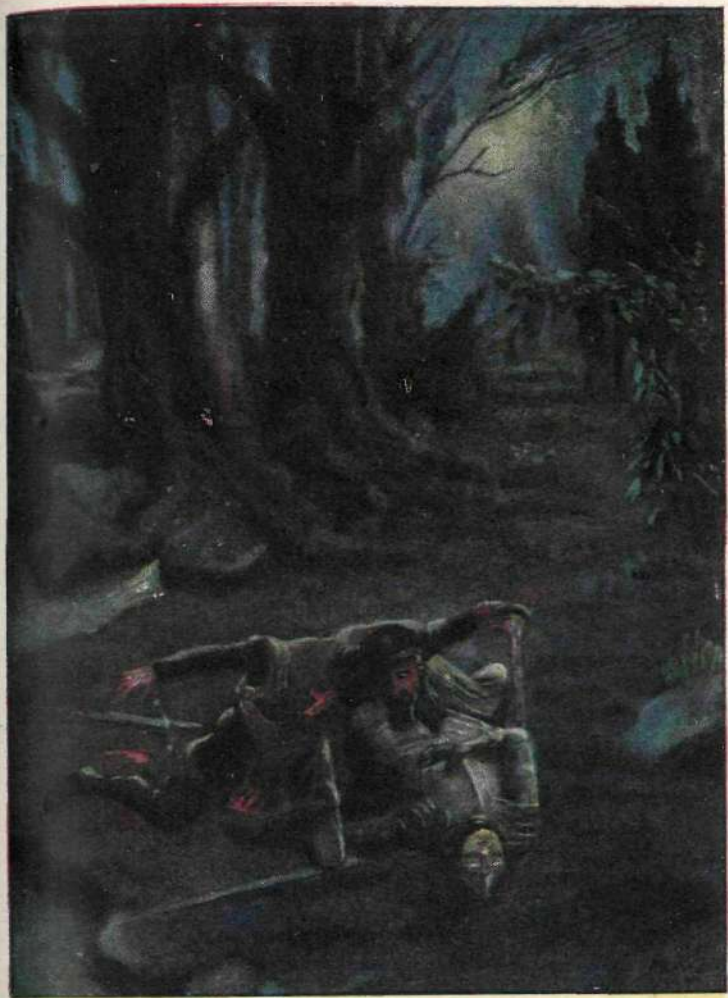
—¡Clorinda!—exclama.

¡Oh, amado cuerpo, herido por su propio brazo!

Pónese en pie Tancredo y vacila. Dijérase que la noche ha henchido de sombras su alma y sus ojos.

—¡Clorinda!

Cubre su rostro mortal palidez. El mis-



¡Oh, amado cuerpo, herido...

mo, su misma espada ha abatido la flor más preciada de su vida.

Tancredo cree morir con su amor. Llama a Clorinda y no obtiene respuesta. Arrodiado junto a la muerta amada, derrama lágrimas a raudales y en esta actitud permanece hasta que el cansancio y el dolor de sus heridas le va rindiendo.

Entretanto, del campamento cristiano sale un escuadrón en busca del desaparecido héroe. Pronto dan con él, y al verlo ensangrentado e inmóvil, le creen muerto y se apresuran a prestarle los debidos auxilios.

Después es conducido a su tienda.

También el cadáver de Clorinda es llevado en brazos al real de Godofredo, mientras lejos, tras los muros de Jerusalén, jura Argante vengar a la esforzada guerrera.

LA SELVA ENCANTADA

X



PENAS quedara reducida a cenizas la torre, Ismeno, el mago que condujo en su carro a Solimán hasta Jerusalén, medita la forma de impedir que los hábiles súbditos de Godofredo construyan otra.

El sabe que la madera que utilizaban para las construcciones de máquinas de guerra, la extraen de una selva próxima al campamento.

Esta selva, al llegar la noche, cúbrese de una horrorosa lobreguez semejante a las tinieblas del Infierno. En ella se reúnen las brujas y los más horribles monstruos, celebrando la llegada de las sombras con protanas fiestas.

Ismeno encamínase a dicho lugar y con su

voz, que posee un gran poder de encantamiento, lanza al aire estas palabras :

—Oid, espíritus infernales : vosotros que descargáis las tormentas y vivís en el mundo del fuego, defended esta selva de la rapiña de los cristianos. Que todos los monstruos de la región del fuego desciendan aquí y ocupe cada uno el tronco de un árbol. Cuando los latinos vengan a proveerse de la madera con que construyen sus mortíferas torres, detenedles con vuestros gritos pavorosos, y todas las artes de Satán háganles huir aterrados.

Dicho esto, vuelve a la ciudad en que reina Aladino y da cuenta a éste de la operación que acaba de realizar.

Después añade :

—El cielo nos promete también un suceso no menos agradable. Cesarán las lluvias, un calor de fuego descenderá sobre la tierra y la vida será imposible en el campamento cristiano.

Entretanto, el pío Godofredo medita acerca de la construcción de una nueva torre, igual a la destruída.

Llama a sus súbditos y les dice :

—Id a los bosques cercanos y cortad árboles hasta que haya madera suficiente para construir una máquina de guerra igual a la que Argante y Clorinda convirtieron en pavesas.

Obedecen los soldados y encamínanse hacia la selva. Mas no bien se hallan en sus cercanías, se sienten sobrecogidos de un terror que les obliga a regresar en atropellada fuga hacia el campamento.

Godofredo les pregunta el motivo de aquella huída, y ellos responden tan confusamente que el general les vuelve a enviar al bosque acompañados de los más esforzados guerreros.

—Vosotros que no habéis retrocedido ante ningún peligro—les dice—, id con estos desventurados y ved qué es lo que tanto pavor les causa.

Vanse los soldados y los valientes paladines, y apenas vuelven a hallarse cerca de la endemoniada selva, todos se detienen asaltados por súbita inquietud.

Siguen avanzando los héroes y llegan al

borde mismo de los bosques. Entonces se produce en sus tenebrosas entrañas tal estruendo—rugidos y lamentos extraños, silbidos de serpientes, bramidos de desatado huracán—, que los guerreros no tienen fuerzas para vencer el terror que les domina y retroceden también, regresando en loca carrera al campamento.

—Señor—dicen a Godofredo—ninguno de nosotros se atreve a entrar en la selva, pues en ella pululan los demonios y todos los monstruos del reino del mal. Se oyen aullidos extraños, el viento tiene calor de llamas y es imposible soportar el ambiente inquietante que se respira en torno de los gruesos troncos de los arbustos.

Entre los que escuchan, hállase Alcasto, ser de tal temeridad, que lo mismo desprecia a la vida que a la muerte.

—Yo iré—dice sin que nadie se lo pida— a esa selva que tal terror os causa. Si son demonios lo que hay en ella, que salgan de sus guaridas, que mi espada sabrá darles el castigo que merecen.

Obtiene licencia y dirígese al encantado

bosque. Cuando ante su vista aparecen los retorcidos árboles, oye el extraño ruido semejante a satánica amenaza, mas no retrocede ni huye como los anteriores héroes. Aproxímase más y entonces una a modo de barrera de fuego le detiene. Brotan llamas que circundan la selva y cuando Alcasto va a salvar el terrible cerco, éstas crecen a tal altura que sería imposible entrar en el bosque sin exponerse a morir abrasado.

Se acentúan los aullidos misteriosos, se levanta de pronto un azotador huracán. Alcasto intenta avanzar aún, pero una fuerza invencible le obliga a huir.

Ya en el campamento, Godofredo llama a Alcasto y le pregunta acerca de los sucesos del bosque.

Alcasto baja la vista y el rostro, y no acierta a responder. Balbucea y nadie le entiende. Uno de los que presencian la escena, dice que Alcasto está hechizado.

Entonces, el caudillo, el valeroso jefe del ejército, se pone en pie y exclama :

—Si hay alguien capaz de penetrar en esa selva que tanto terror causa a mis he-

róicos soldados, vaya y descubra sus misterios. ¿Permitiréis que lo haga yo?

—No—se oye decir a una voz sobrado conocida—. Aquí está Tancredo que expondrá su vida para salvar la de su amado jefe.

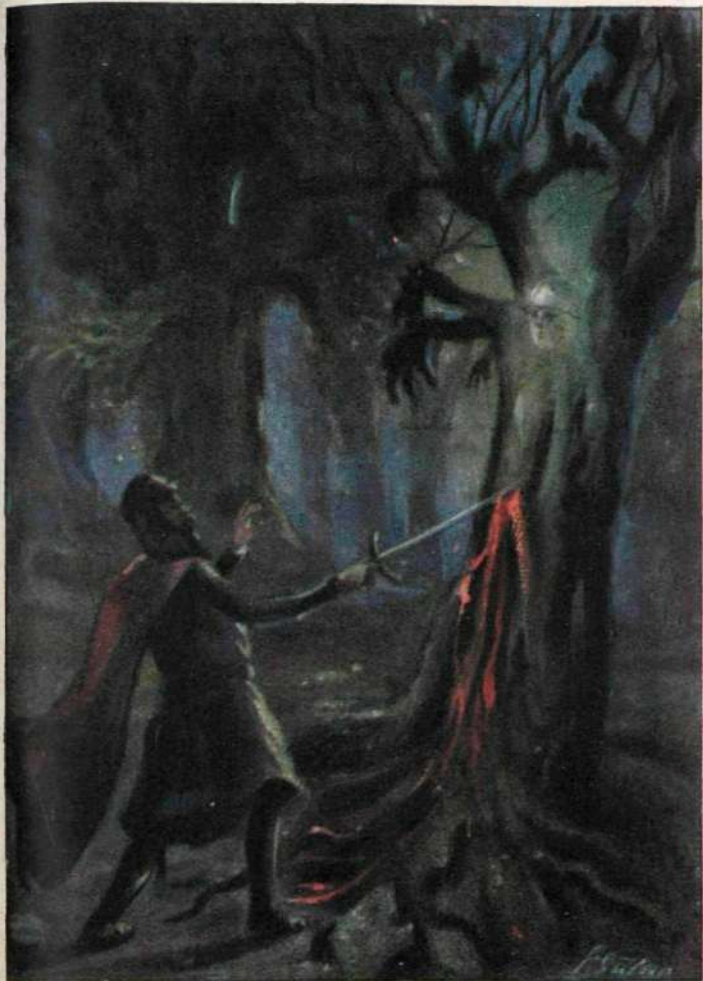
Y sin decir más, con huellas aún en su rostro del dolor que le causara la muerte de Clorinda, sale del campamento taciturno y silencioso.

Llega al borde de la selva y se detiene un instante al producirse la infernal algarabía. También las llamas nacen de súbito en derredor del bosque y también sopla el extraño viento. Tancredo piensa :

—¿Debo lanzarme a las voraces llamas para que mi cuerpo se convierta inútilmente en cenizas? Tal vez el brazo de un guerrero deba reservarse para más importantes servicios. Sin embargo, ¿puedo regresar al campamento para repetir lo que ya tantos otros han dicho? No y mil veces no.

Y diciendo esto, salta dentro de las llamas.
¡ Oh, memorable osadía !

No siente en su cuerpo el calor que debía



De su corteza, ¡oh, maravilla!

producir incendio tan formidable. En seguida, las llamas desaparecen.

Queda estupefacto el guerrero, pero pronto se repone y continúa avanzando hacia lo más frondoso de la selva.

Ante un árbol de tronco rugoso se detiene. Cree haber percibido, surgiendo de su áspera corteza, una voz de llamada. Examina el arbusto y nada ve. Vuelve a oír algo semejante a un susurro y entonces empuña el acero.

—Pronto quedará este misterio desentrañado—dice, y clava su espada en el deforme tronco.

De su corteza ¡oh, maravilla! brota un reguero de sangre que enrojece la tierra.

Tancredo retrocede impresionado, y mayor es su asombro cuando oye que una clara voz le dice :

—Basta ya, Tancredo. Sobradamente me has ofendido. Primero me arrancaste del cuerpo en que moraba y ahora quieres separarme del tronco de este árbol que sustituye a mi carne.

—¡Esa voz!—exclama Tancredo sorprendido!

—Esta voz es la de Clorinda, pues su espíritu se halla aquí prisionero en virtud de un extraño hechizo. Y no soy yo sola la que pueblo las tinieblas de este valle, sino que cada sér que ha perecido cerca de los muros de Jerusalén han corrido igual suerte.

Cuando el espíritu de Clorinda calla, silba el aquilón y los más horribles monstruos aparecen aquí y allá amenazando devorarle. Tancredo no puede menos de sentir cierta inquietud. En seguida los murmullos extraños se renuevan y el bosque entero se agita misteriosamente. El guerrero cristiano no tiembla, mas se siente impelido a emprender el regreso. ¿Qué podría él contra unas fuerzas que desconoce?

Ya en presencia del general, le dice :

—Todo cuanto tus soldados te han dicho es cierto. Justificados son sus temores, pues esa selva está encantada y en ella reina una fuerza infernal contra la que vanamente levantaríamos nuestro acero y emplearíamos la fuerza de nuestro brazo. Yo he usado mi

espada y un reguero de sangre ha surgido del tronco de un árbol. El bosque está rodeado de una barrera de fuego que no quema y los más extraordinarios fantasmas habitan en él. Nada de su misterio he logrado desentrañar, señor.

Dicho esto se aleja y deja a Godofredo sumido en profundas meditaciones.

GODOFREDO PERDONA A REINALDO

XI



Es la hora en que se reúnen los principales jefes en la tienda destinada a este uso. Godofredo es el último en llegar y el primero en hablar Güelfo.

—Señor—dice—, interpretando el sentimiento de todos los guerreros cristianos, solicito el perdón de Reinaldo, a quien desterraste por haber dado muerte en noble duelo a un soldado de Cristo. Sobradamente ha purgado ya su falta.

—Repara también, señor—dice otro—en que él es el único que podrá aclarar el misterio de la selva encantada, cosa que conviene para tranquilizar el ánimo de tus súbditos.

—Uno y otro tenéis razón—responde el caudillo—. Todos sabéis que, moralmente, Reinaldo tenía ya mi perdón ; mas deseo con

vosotros que este perdón sea oficial y podéis partir en busca del héroe para decirle que aguardo con ansia el momento de abrazarle.

Se designa al punto a dos mensajeros y estos parten en la dirección que Güelfo les indica. No han recorrido aún la mitad del camino cuando un ermitaño surge ante ellos y les pregunta :

—¿ Dónde vais por parajes tan inhóspitos ?

—En busca de Reinaldo, el héroe cristiano que desterró Godofredo—responden los mensajeros.

—Pues no es este el camino que debéis seguir—díceles el ermitaño—. Id hacia Ascalon y a la boca de un río encontraréis a un hombre amigo de los cristianos. Decidle quiénes sois y adónde vais, y él os indicará el punto donde Reinaldo se halla. Creedle y seguid al pie de la letra sus consejos.

Parten los mensajeros y pronto llegan a Ascalon y a la arenosa playa que bordea el río. No ven allí ser humano alguno de momento, mas pronto columbran a un anciano de luenga barba que se acerca caminando sobre las aguas del río.

Sorprendidos de este detalle, los guerreros no aciertan a pronunciar palabra cuando el viejo llega a su lado.

—Penosa empresa es, amigos míos—les dice—la que seguís. ¡Cuánto os falta andar todavía! El héroe a quien buscáis se halla muy lejos de aquí, en un país infiel e inhabitado.

—¿Y tú sabes qué país es ese?

—Conozco ese país y muchas cosas más que os revelaré si entráis conmigo en mi cueva.

Y dicho esto, levanta el brazo y las aguas se dividen, dando paso a los héroes, los cuales le siguen desconcertados. Pronto llegan a una lóbrega y larga cueva.

Uno de los mensajeros, sin poder contenerse, pregunta :

—¿Adónde nos llevas? ¿Dónde nos hallamos?

—Estáis—responde el viejo—en el centro de la Tierra y os llevo a mi palacio, cuyas maravillas pronto veréis.

En efecto, no tardan los guerreos en hallarse en un suntuoso palacio que parece en-

cerrar todas las riquezas del mundo. Allí les invita a cenar y tras un espléndido banquete les habla de este modo :

—Ya es hora de que satisfaga vuestro principal deseo. Conocéis los engaños y astucias de la impía Armida. Cuando ésta envió a Gama a los guerreros cristianos que tenía prisioneros en su castillo y Reinaldo les dió libertad matando a los soldados infieles, la pérfida hechicera concibió un plan de venganza contra el desterrado paladín, héroe de héroes. Se presentó en el lugar donde había entablado la lucha, y hallando allí la armadura de Reinaldo, se la colocó a uno de los soldados muertos. Como la astuta Armida deseaba, al creer asesinado a Reinaldo, hubo quien sospechó de Godofredo y trató de levantar contra él a sus propios soldados.

—Mas pronto salieron estos de su incomprendible error, avergonzándose de haber dudado del noble caudillo—interrumpe uno de los mensajeros.

—Así fué—prosigue el anciano—. Viendo Armida fracasado su primer plan, dedica

todas sus energías al segundo. Cerca de un río por cuya orilla sospechaba que había de pasar Reinaldo, ocúltase entre las frondas y le aguarda pacientemente. Aparece el aguerrido héroe, y ve de pronto ante sí a una maravillosa doncella que fácilmente le seduce y le conduce en una barquilla a un lugar donde no se ven sino grutas y hermosos lagos circundados de flores. De estos lagos surgen centenares de ninfas que con sus miradas y sus cantos acaban de trastornar el cerebro del sorprendido galán y consiguen sumirlo en un dulce sueño que no turba la perfección de sus facciones. Aparece entonces Armida dispuesta a saciar su sed de venganza, mas al ver el hermoso rostro de Reinaldo, queda prendada de él y en lugar de dar muerte al guerrero como pensaba, lo conduce en su carro volador a un lugar tan lejano y desconocido, que jamás otra planta humana que la de los amantes se ha posado en él. Allí tiene Armida un maravilloso palacio donde sólo se oye murmurar de fuentes y cantos de sirena, y únicamente se ven pájaros de colores y piedras preciosas. El ambiente está deli-

ciosamente perfumado. La vida allí no tiene penas ni inquietudes. En este edén es donde hállase Reinaldo, a quien las palabras amorosas de Armida han logrado trastornar.

—¿Y cómo podremos llegar hasta allí?—
interrumpe impaciente uno de los mensajeros.

—A la orilla de este río—responde el anciano—y en el mismo lugar que me habéis encontrado a mí, hallaréis a una anciana de larga cabellera y traje multicolor. Ella será vuestra guía. Recorriendo miles de kilómetros por segundo, llegaréis a un monte en cuyas faldas os tropezaréis a un ejército de serpientes que tratarán de clavaros su venenoso aguijón, cosa que vosotros evitaréis levantando esta varita que os entrego. Llegados a la cumbre, tendréis que vencer nuevos peligros. No tratéis de apagar la sed en una fuente que hallaréis allí, pues moriríais también envenenados. Entrad por las altas puertas del alcázar que se ofrecerá a vuestros ojos. Tendréis que cruzar un laberinto de oscuros callejones y al fin llegaréis al en-

cantado lugar, mitad jardín mitad salón, donde se arrullan los amantes. Aprovechando cualquier momento en que Reinaldo quede solo debéis aparecer ante él, para que a la vista de vuestras armaduras despierte en su espíritu su instinto guerrero.

Detiéndose el anciano un momento y prosigue :

—Ahora sólo me resta advertiros que no debéis partir hasta que amanezca el nuevo día.

Conducidos los mensajeros a sus aposentos, reposan en profundo sueño durante toda la noche y al amanecer parten en compañía de la anciana que les ha indicado el misterioso viejo.

Cruzan con ella la distancia infinita de los mares y, al cabo de muchos días de rauda navegación, llegan al monte que el anciano les ha descrito.

Descienden de la barquilla, se aventuran a remontarse por las laderas, mas de pronto surge un descomunal dragón que les cierra el paso.

Uno de los mensajeros desnuda la espada, mas el otro le dice :

—¿Qué vas a hacer, desventurado? ¿Crees que es posible vencer así a un tan terrible guardián?

Y sacando la varita que le diera el viejo la levanta y la fiera huye despavorida, dejándoles el paso libre.

Siguen adelante y pronto se hallan sobre una meseta donde todo es ameno y alegre. Vuelven la vista a uno de los lados y ven que de una peña salta un claro raudal de cantarinas aguas.

Uno de los mensajeros se siente impelido a beber y también el otro le detiene.

—¿Dónde vas, insensato? ¿No recuerdas que el anciano amigo nos habló de una fuente igual a ésta, cuyas aguas fluían saturadas de mortal ponzoña?

Ambos retroceden, aterrados y continúan su camino, llegando en seguida a las puertas del alcázar. Penetran por ellas y tras cruzar un laberinto de callejones, vienen a salir al suntuoso recinto donde se hallan los amantes.

Todo allí es paz y deleite. Se oyen suaves músicas, se perciben mareantes olores y la vista se recrea con los reflejos maravillosos de la piedras preciosas y de la plumas de las aves de colores.

Sentados en una alfombra de verdura, se ve a los amantes.

—Recuerda—dice un mensajero a otro— que hemos de aguardar a que Armida deje solo a Reinaldo.

—Sí, y entonces nos presentaremos a él para que a la vista de nuestras armaduras despierten sus dormidos afanes guerreros.

Aguardan y llegado el momento oportuno, cruzan el umbral y avanzan hacia Reinaldo.

Este, al verlos, se yergue y muestra en sus ojos un extraño fulgor.

—Reinaldo—dice uno de los mensajeros—. No es digno de ti permanecer en esta indolencia. Deja las dulzuras del amor para ocasión más propicia, que ahora el ejército cristiano necesita de tu espada.

Reinaldo cierra y abre los ojos sin dar crédito a lo que ve. ¿Qué le sucede? ¿Quién

le ha vestido con aquellas ropas perfumadas mientras hay en el mundo metálicas armaduras? ¿A qué errores le ha arrastrado la cruel Armida con sus artes de magia?

Avanza hacia los mensajeros y les dice:

—Sí, mi puesto está en el real de los cristianos, mas el castigo que me impuso Godofredo me separa de él.

—Godofredo te perdona. Enviados de él somos, y hemos venido a decirte que sus brazos te aguardan para estrecharte.

—Partamos, pues—dice con decisión.

Y él mismo guía a los mensajeros hacia la salida. Da esta a una amplia selva y en ella se tropiezan a Armida que regresa en busca de su galán.

Al verle alejarse de su palacio con paso decidido y acompañado de los guerreros, sospecha lo que sucede y profiere un grito de dolor.

—¿Dónde vas, Reinaldo, mi único amor?

—Adonde el deber y la conciencia me llaman—responde el guerrero sin alterarse.

—¿Y tendrás valor para dejarme sola en

este palacio donde tantas horas de felicidad hemos pasado juntos?

—Mi felicidad ahora no han de dármela sino mis éxitos en la lucha.

—¡Piedad, Reinaldo! Escucha los lamentos de esta desdichada que se abrasa de amor por ti.

Y continúa llorando y suplicando, mientras el galán permanece impassible y grave.

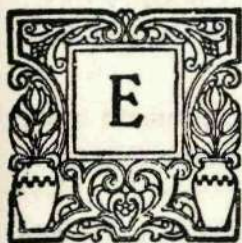
Reanuda Reinaldo la marcha acompañado de sus mensajeros y entonces todo el dolor de Armida se convierte en odio y, en vez de ruegos, maldiciones brotan de sus labios.

—Juro que me vengaré de ti—le dice—. No tendré piedad de tus lágrimas como tú no la has tenido de las mías ahora.

Y en tanto que Reinaldo se aleja, ella vuelve a su palacio, reúne a sus servidores y les dice que va a sumarse a las fuerzas de los egipcios, los cuales se preparan a combatir contra los cristianos.

PLANES DE ARMIDA

XII



El rey de Egipto reúne numerosas fuerzas, pues multitud de pueblos infieles se suman a él.

Repartido el mando de los ejércitos a distintos jefes, dispónense a partir hacia Jerusalén, mas aparece de pronto Armida, suntuosamente ataviada y con numeroso séquito.

Conducida a presencia del rey, le dice :

—Ya sabes, señor, que te enviaba como presente los más distinguidos e intrépidos guerreros cristianos, a los cuales había logrado hacer prisioneros. Es proverbial su bravura y te hubieran ayudado a vencer a Godofredo, mas surge de pronto Reinaldo y mata a mis soldados y da a los cristianos libertad. Tras esta ocasión, me ha hecho ob-

jeto de la más vil afrenta, y si a ti corresponde castigar a quien te arrebató un espléndido regalo, yo ardo en deseos de vengarme del galán infiel que me ha destrozado el corazón sin reparar en mi tormento ni en mis lágrimas.

El magnífico rey levanta el brazo y dice :

—Por mi parte, daré orden de que Reinaldo no quede sin castigo.

—Y yo—añade Armida—, prometo amar a quien me traiga prisionero al ser que tanto detesta mi corazón.

Y vuelve en torno suyo los ojos, sonriendo con el atractivo que le es peculiar.

Cien guerreros se adelantan codiciando para sí el amor de Armida en tales condiciones, mas ella mira con frecuencia a dos de ellos.

Son éstos Adrasto y Tisafernes, ambos feroces y desalmados, cuyos rostros horribles muestran unos ojos en que relampaguean los instintos de todas las fieras del Africa juntas.

—Yo te traeré prisionero a ese Reinaldo y su corazón entre mis uñas te ofrecería si me lo pidieras.

Así habla Adrasto. Y Tisafernes dice :

—Arrastrándose a tus pies lo verás, y su sangre en un vaso podría traerte si lo desearas.

Armida agradece estas palabras y despide a los terribles héroes con una sonrisa cautivadora.

Los ejércitos infieles reanudan su marcha hacia las tierras de Palestina.

* * *

Entretanto, llega el heroico Reinaldo al campamento donde Godofredo y los principales guerreros le aguardan.

El momento es de gran emoción y más de un paladín llora como un niño cuando Godofredo echa los brazos al cuello del recién llegado y le dice :

—Desterremos de la memoria todo triste recuerdo y demos al olvido los sucesos pasados. Sólo deseo que, por vía de desagravio, obres con tu acostumbrada intrepidez, comenzando por desentrañar los misterios de la selva encantada.

Explica a continuación lo que acontece en los bosques de donde sacaban la madera pa-

ra construir las máquinas de combate y Reinaldo replica :

—No transcurrirán, señor, veinticuatro horas sin que sepas en qué consisten esas anormalidades que sorprenden a tus bravos soldados.

Y en el acto se dirige a la selva.

Al llegar a su linde queda sorprendido de no advertir en ella nada anormal. Penetra en los bosques, y entonces, en vez de los ruidos empavorecedores que esperaba oír, dulces cantos llegan a sus oídos y azules lagos se muestran a sus ojos.

Hay en la aguas ligeros cisnes que avanzan sin ruido y dejando tras ellos una estela de espuma, blanca como la nieve. En las ramas de los árboles los más bellos pájaros lanzan a los vientos las músicas de sus trinos. El ambiente tiene un perfume mareante de tan delicioso.

—¿Dónde están los monstruos y las apariciones terroríficas de que me ha hablado Godofredo?—se pregunta Reinaldo—. ¿Dónde de las voces de ultratumba y las llamas infernales?

Avanza sorprendido y entonces ve un gigantesco árbol que le hace pensar en otro semejante que le describiera Tancredo.

—¿Será éste—se dice el guerrero—el que contiene el espíritu de Clorinda?

Y cuando avanza hacia él dispuesto a clavar su espada, ve que el árbol se abre por su tronco dejando ver en su interior a una hermosa doncella cuyas facciones son iguales a las de Arminda.

Sale la dama de su guarida, y ante los ojos sorprendidos de Reinaldo, comienza a danzar mientras sonrío y canta arrulladoramente.

Intenta seducirle, vencerle con sus armas de mujer, mas el guerrero, avezado ya a estas lides, levanta el acero para huir.

La dama entonces, ¡oh maravilla!, se transforma en horrible monstruo y la selva toda se puebla de los extraños seres que tanto pavor causaran a los soldados de Godofredo.

De nuevo silba el aquilón. Otra vez aquí y allá surgen llamas y rugidos amenazado-

res. También ahora el ambiente es más denso y oscuro...

Pero Reinaldo no se inmuta. En alto la espada, acomete a los satánicos pobladores de la selva y, con fiereza de león, la emprende a mandobles con dragones y aparecidos.

No repara en que son seres extraordinarios los que se hallan ante él, sino que les considera cual guerreros enemigos. Hierde a un monstruo con la misma enjundia con que hubiera hundido su acero en el cuerpo de Aladino. Acomete como acometería al ejército infiel en el fuerte de una batalla.

Finalmente, adquiriendo tanto más brío cuanto mayor es el pánico de sus adversarios, corta el árbol gigantesco.

De súbito, al doblarse su tronco sobre la tierra, todo encantamiento desaparece y en el bosque vuelven a oírse los normales murmullos de los árboles y a respirarse los naturales perfumes agrestes.

Abatido el árbol, nada hay ya de sobrenatural en la selva. Los árboles volverán a dar su madera a los ejércitos cristianos, pa-

ra que los hábiles soldados construyan sus mortíferas máquinas.

Reinaldo emprende el camino de retorno y llega al campamento, donde Godofredo le recibe con la inquietante frase :

—Vedle. Lleva en su rostro las señales del triunfo.

—En efecto, señor—responde Reinaldo—, la selva ha perdido todo su hechizo. Pueden tus soldados ir a cortar árboles de donde sacar madera para construir mortíferas torres. Todo el ejército cristiano debe tranquilizarse y confiar en el triunfo, pues ya no tenemos más enemigos que ese mísero y desordenado aluvión de sarracenos al que ni las fuerzas de Egipto lograrán fortalecer.

Dicho esto, él mismo se ofrece para acompañar a la selva a los soldados, mas estos prefieren partir solos y así lo hacen mientras Godofredo se abstrae en sus planes de guerra.

Pronto una torre más alta y fuerte que la incendiada por Clorinda se alza en el real de los cristianos.

Otras menores se construyen y las balis-

tas se ven a docenas entre los soldados que repasan y afilan sus armas.

Godofredo, entretanto, medita.

Llama al fin al escudero de Tancredo y le dice :

—Tú que siempre diste muestras de gran sagacidad, ve ahora mismo a espiar a las huestes enemigas. Ya se hallarán en Jerusalén las fuerzas que ha reunido el rey de Egipto y necesito conocer sus planes para que el triunfo de los cristianos sea más seguro.

—Cumpliré fielmente tus órdenes, señor. Me disfrazaré convenientemente y antes de que amanezca tendrás noticias detalladas de todo cuanto piensa hacer el enemigo.

Y cuando las sombras de la noche pueblan los campos, se aventura por ellos y, vestido de igual modo que los infieles, consigue que le tomen por un súbdito de Aladino.

En vano trata de oír una conversación o ver algo que le denote cuáles son los planes de guerra de los sarracenos. Pasa la noche dando vueltas y ya desconfía de poder llevar a Godofredo ningún dato interesante, cuan-

do ante él surge una dama que, asiéndole por un brazo, le guía a un disimulado rincón.

—Te conozco—dice al espía.— Eres el escudero de Tancredo y como amo tanto como tú a tu señor, yo te ayudaré en tu labor de espionaje a cambio de que cuando regreses al real de los cristianos, me llesves contigo.

El escudero vacila un instante, pero pronto Herminia le da pruebas de que en realidad es una aliada suya.

—Acepto, noble dama, que quien ama a mi señor mi amistad y mi gratitud tiene. Antes de que llegue la aurora, conmigo partirás hacia el campamento cristiano y al lado de Tancredo te conduciré.

Se detiene un instante y prosigue :

—Mas queda entendido, claro es, que antes tú has de conducirme a donde pueda descubrir qué planes de guerra son los que han concebido los paladines sarracenos.

—Sígueme y quedarán tus deseos cumplidos.

Parten al punto, y, acompañado de Herminia, el escudero penetra en todas las estancias y franquea todos los umbrales.

En uno de ellos oye hablar a Armida con los bárbaros guerreros que a cambio de su amor han prometido llevarle preso a Reinaldo. En otra parte, escucha que Aladino dice a sus principales soldados :

—Os vestiréis con ropas iguales a las que llevan los francos y fácil os será llegar así al lado de Godofredo entre el tumulto de la batalla. Entonces, cuando estéis tan cerca de él que no podáis errar el golpe, le dareis muerte.

Estas son las palabras que el fiel escudero escucha de labios de Aladino y tras recoger algunos datos respecto a la táctica guerrera del enemigo, da su labor por terminada y parte con Herminia hacia el campamento cristiano.

La noche es lóbrega. Silba el viento y el ambiente está cargado como del efluvio de la gran tragedia que se avecina.

—Apresuremos la marcha, señora, que el alba no tardará en llegar y es un peligro para nosotros que nuestras siluetas se destaquen en estos parajes más próximos a Jerusalén que al real cristiano.

Obedece Herminia, mas de súbito se detiene y con ella el escudero, pues descubren una pista de sangre.

—Por su color se advierte—dice Armida—que ha sido derramada recientemente.

—Sigamos el camino que la sangre nos traza y daremos con el herido o con el muerto.

Así lo hacen y a poco trecho sus pies golpean una armadura, la cual oculta el cadáver de un guerrero infiel.

Inclínase el escudero, descúbrele el rostro y exclama sorprendido :

—¡ Si es Argante !

Súbitamente le asalta una sospecha y busca con desorbitados ojos el cuerpo del adversario que diera muerte al feroz paladín.

No tarda en descubrirle y volando hacia él y mirándole de cerca, lanza un grito lleno de dolor que hace temblar a Herminia.

—¡ Tancredo !—exclama el servidor.

—¿ Qué dices, desdichado ?—inquire Herminia sin dar crédito a sus oídos.

—Sí, sí—solloza enloquecido el escude-

ro—. ¡ Es mi señor, que ha muerto por dar muerte al impío Argante !

Corre Herminia y se arrodilla al lado del cuerpo yacente, mientras abundantes lágrimas brotan de sus ojos.

Ambos juzgan que Tancredo ya no vive, mas ven de improviso que su pecho se mece con el ritmo de la respiración.

—¡ Vive, vive !—exclama Herminia.

El escudero, sin pérdida de segundo, vuela a un arroyo cercano y trae agua con que humedecer las sienes a su señor.

Estos cuidados reaniman a Tancredo, el cual abre los ojos y exclama :

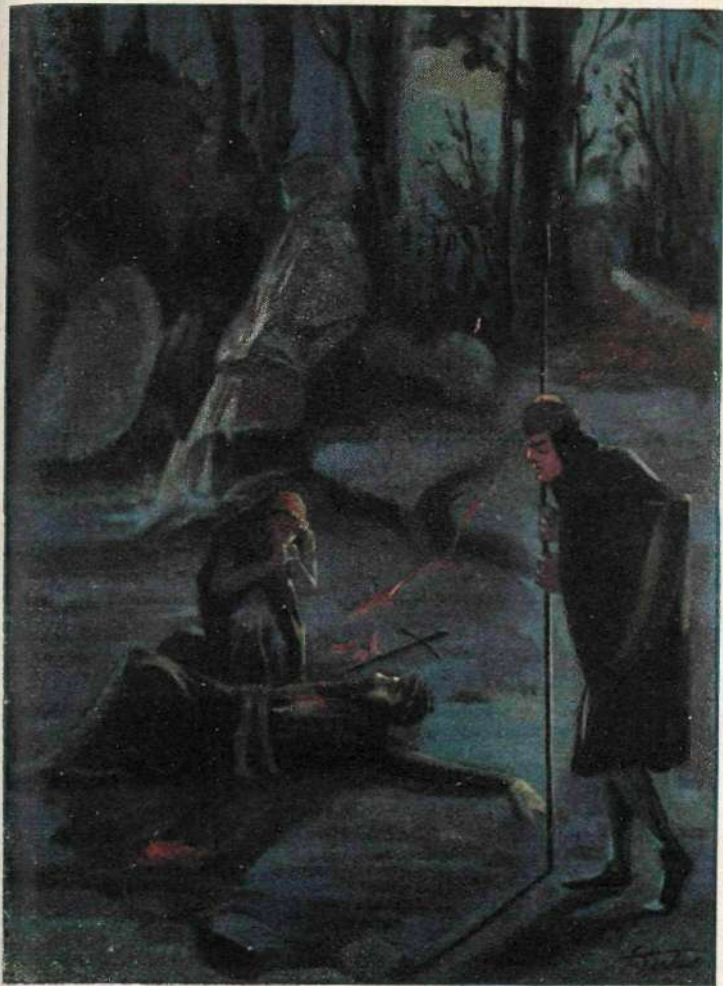
—¿ Qué me sucede ? ¡ Oh, tú aquí, mi fiel escudero ! ¿ Y quién eres tú, bella dama ?

Dáse a conocer Herminia y Tancredo la recuerda.

—Gracias, señora, por los dulces cuidados que, llevada de tu amor, me prestas—le dice con esfuerzo sobrehumano.

El escudero le ruega le explique su desafío con Argante y el héroe responde :

—Nada puedo decirte, sino que nuestro encuentro era inevitable y que uno y otro lo



... se arrodilla al lado del cuerpo...

ansiábamos de igual manera. A ambos nos ha llevado aquí el azar, en el mismo momento y ambos nos hemos aprestado en el acto a la lucha. El ha recibido el castigo que el cielo le reservaba. Yo no he salido mucho mejor librado de la terrible lucha.

Y dicho esto da la mano a su escudero y amigo, sonrío a Herminia y se desvanece.

Propone la dama que entre los dos lo conduzcan al campamento donde su cuerpo podrá reposar más cómodamente, mas en este instante aparece un escuadrón de cristianos que iban en busca del paladín herido.

Y con sumo tiento, es trasladado el cuerpo ensangrentado del héroe a su tienda del real, donde todos, y especialmente Herminia, le prodigan sus cuidados.

TRIUNFAN AL FIN LOS CRISTIANOS.
HEROISMO DE REINALDO Y
GODOFREDO

XIII



Y A en su lecho su señor, y al lado de Herminia que ha de cuidar de él como nadie, el escudero dirígese a la tienda del general, para darle cuenta del resultado de sus investigaciones.

Expone los planes de ataque que el ejército enemigo va a seguir y, a continuación, dice a Reinaldo, que se halla presente :

—Y tú, señor, cuida de tu vida, que dos feroces guerreros han jurado a Armida arrojar tu cuerpo a sus pies, muerto o vivo.

Me complace la determinación de esos buenos luchadores. Ardo en deseo de guerrear, y no dos, sino cien enemigos peligrosos quisiera tener.

—Contra ti, pío Godofredo, trámase un diabólico plan. Haciéndose pasar por guerreros cristianos un grupo de infieles se colocarán a tu lado en lo más encarnizado de la lucha y te darán muerte.

—Dirás, buen amigo, que tratarán de hacerlo, pues dar muerte a Godofredo de Bullón no es empresa fácil.

Y diciendo al escudero que se retire, sale al campo y comienza a dar las órdenes oportunas, pues se acerca la hora del combate.

* * *

Va a librarse la más famosa batalla que vieran los siglos. En el real de los cristianos todo es bullicio y movimiento. Prepáranse las mortíferas máquinas guerreras. Añian sus soldados sus armas. Una torre descomunal, mucho mayor que la que incendiara Clorinda, avanza sobre sus ruedas hacia los muros de Jerusalén.

Godofredo llama a Reinaldo y le dice :

—Tú serás el segundo jefe del ejército, y, como tal, he de hacerte ciertas consultas.

—Ordéname, señor, que mi brazo está al servicio de tu inteligencia.

—También quiero pelear como un soldado, pues para todo hay tiempo. Por lo pronto, escucha. ¿No crees que debemos fingir que vamos a atacar por un punto a la ciudad para colocar la mortífera torre y lo más fuerte del ejército en otro?

—Juzgo excelente la idea, general. Si a mí me dejas elegir los guerreros que han de acompañar a la torre, confío en que nuestra empresa será coronada por el éxito.

—Hazlo—dícele Godofredo, y se aleja de Reinaldo para continuar preparando el ataque.

En su ligero caballo, vuela de un lado a otro dando órdenes y levantando los ánimos.

Cuando todo está dispuesto y los soldados no aguardan sino una voz para atacar, Godofredo arenga de este modo a las tropas :

—¡ Oh, ejército mío ! ¡ Libertador de Oriente ! Ésta es la última jornada ; esta es la batalla definitiva. No sin razón ha dispuesto el cielo que se reúnan en Jerusalén todos los enemigos : así lograremos arrollar-

los a todos a la vez. Alcanzaremos muchas victorias en una sola. No os infunda temor la presencia de tanto guerrero, pues su falta de inteligencia y disciplina difícilmente les permitirá luchar con vosotros, tan diestros en el combate. ¡Valor, pues, soldados de Cristo! Que el día de hoy deje memoria por los siglos de los siglos y que el cielo pueda agradecernos una completa victoria obtenida en defensa de él.

Dicho esto, da la voz de ataque y el campamento se convierte de súbito en un hormiguero, donde soldados y balistas se confunden.

Retruenan en los espacios los gritos de guerra. Tiemblan las torres y las murallas. Los cascos de los caballos atronan el mundo con su fragor de carrera.

Reinaldo, jefe de un ejército donde se congregan los mayores héroes, corre en su caballo hacia el punto por donde se ha de asaltar la ciudad sitiada.

Cerca de él rueda la gigantesca torre que ha de disparar sobre el enemigo una lluvia de flechas.

Por el otro lado, Godofredo se abalanza con sus tropas sobre el enemigo que al pie de las murallas de Jerusalén intenta defenderle.

Muere un jefe cristiano. Rueda un infiel ensangrentando la tierra. De aquí y allá, por derecha e izquierda, las balistas no dejan de disparar sus mortíferos venablos.

De súbito, el general ve que se aproxima a él un guerrero que al primer pronto le parece cristiano, mas le sorprende su extraña actitud y desde este punto no cesa de vigilarle.

Recuerda que el espía le anunció que un enemigo vestido con ropas iguales a las de los soldados latinos se acercaría a él para darle muerte, y teme con razón que sea éste el encargado de la alevosa empresa.

Finge distraerse y ve en efecto que el desconocido levanta el acero para herirle. Mas él se revuelve prestamente y para el golpe y hunde su espada en el pecho del infiel.

Otros muchos sarracenos disfrazados se abalanzan sobre el caudillo, pero también son numerosos los soldados cristianos que se aprestan a la defensa.

Muertos los traidores continúa avanzando el ejército de Cristo.

Reinaldo, que ha atacado a la ciudad por el punto más débil, logra saltar sus muros y acerca a ellos la gigantesca torre de modo que pueda seguir disparando sus flechas sobre el enemigo.

— ¡Victoria, victoria! — óyese clamar a cien bocas cristianas.

Reinaldo va delante sin dar tregua a su espada, pero detiéndose de súbito ante un rostro femenino que ve cerca de él. Es Armida, que en su magnífico carro y rodeada de guerreros envía sin cesar flechazos certeros sobre el enemigo.

Reinaldo se repone y sigue la lucha. Armida coloca en su arco una flecha y apunta sobre él, mas la mano le tiembla y yerra el disparo.

— ¡Oh, desventurada y débil doncella que no logra sobreponerse a su amor! Lo mismo que la mano, su corazón se mece en un mar de inquietudes. A la vista del antiguo amante, toda su sed de venganza se apaga y languidece todo su ímpetu sereno.

Tisafernes, que lo ha visto todo, vuélvese a Armida y le dice :

—Ha llegado la hora, princesa, de que cumpla lo que prometí. A tus pies arrojaré a ese miserable Reinaldo y lo verás arrastrarse con pavor o presenciárs las convulsiones de sus últimos momentos.

Y corre hacia Reinaldo y, cogiéndole desprevenido, le descarga un golpe en el hombro que parte su armadura y hace correr su sangre.

Pero el héroe se vuelve en seguida e, inmutable ante la sangre que le cubre todo un costado, con tal ímpetu acomete al traídor, que éste cae de su caballo y queda inmóvil en el suelo.

A continuación, se abalanza sobre los guerreros, y tal es la fiereza con que maneja su espada, que unos caen heridos y otros huyen aterrados.

Entonces vuélvese sobre sus tropas y las incita a avanzar con voces que más bien son rugidos de victoria.

Avanzan los cristianos como ola arrolladora. Ya llegan al centro de la ciudad, cuan-

do se encuentran a las tropas de Godofredo que también han podido vencer la resistencia de las puertas y la altura de las murallas.

Hay un momento de indescriptible emoción.

—¡Victoria!—gritan los soldados de Reynaldo.

—¡Victoria! — responden los de Godofredo.

Y mientras los infieles huyen, los cristianos dan suelta a su loca alegría.

Sin embargo, queda aún un guerrero que está dispuesto a combatir mientras quede una gota de sangre en sus venas.

Es éste el monarca de Egipto, que avanza hacia Bullón y le dice :

—Venciste, Godofredo, mas para que tu victoria sea completa, habrás de lidiar cuerpo a cuerpo conmigo.

Acepta el general y los cristianos, temiendo por la vida de Godofredo, forman círculo para presenciar el combate, que termina a los pocos segundos con una victoria más para el caudillo y la muerte del monarca infiel.

Tras la lucha, hay un instante de silencio en las filas de los vencedores. Vense aquí y allá los cadáveres ensangrentados de los sarracenos que no han tenido fortuna de poder huir y hay en toda la ciudad un reposo de muerte.

—Se respira la tragedia—dice al fin Reinaldo.

—Sí—replica Godofredo—, mas una tragedia que debe henchir nuestros pechos de alegría, puesto que ella representa un triunfo del cielo. Ya no se mancillará en la Tierra Santa la doctrina de Cristo. Ya no se ofenderá a Dios en el mismo suelo que las plantas de su hijo mancharon de sangre... Ejército fiel, bravos guerreros, nobles corazones, hijos de Dios y hermanos míos, guardemos en nuestra alma como una reliquia el recuerdo del día de hoy.

FIN

COLECCIÓN ARA LUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

PUBLICADOS

- | | |
|--|---|
| D 1 Historias de Shakespeare. | 28 La gitanilla. |
| 2 Los héroes. | 29 Cuentos de Edgard Poe. |
| 3 La Divina Comedia. | 30 La Araucana. |
| 4 Historias de Andersen. | 31 Orlando Furioso. |
| 5 Guillermo Tell. | 32 Tradiciones Iberas. |
| 6 Cuentos de Grimm. | 33 Hazañas del Cid. |
| 7 Viajes de Gulliver. | 34 H. de Lope de Vega. |
| 8 Historias de Wagner. | 35 El Lazarillo de Tormes. |
| 9 Don Quijote, 1.ª parte. | 36 La Eneida. |
| 10 Don Quijote, 2.ª parte. | 37 Cuentos de Hoffmann. |
| 11 Más cuentos de Grimm. | 38 Historias de Molière. |
| 12 La Odisea. | 39 Más historias de Andersen. |
| 13 La Iliada. | 40 Historias de Goethe. |
| 14 La Canción de Rolando. | 41 H. de Ruíz de Alarcón. |
| 15 Historias de Chaucer. | 42 Historias de Schiller. |
| 16 Historias de Calderón de la Barca. | 43 H. de Tirso de Molina. |
| 17 Fábulas de Esopo. | 44 Amadís de Gauja. |
| 18 Más historias de Shakespeare. | 45 Las mil y una noches. |
| 19 Robinson Crusco. | 46 Más mil y una noches. |
| 20 Ivanhec. | 47 Historias de Eurípides. |
| 21 Cuentos de la Alhambra. | 48 Trovas de otros tiempos. |
| 22 Los Caballeros de la tabla redonda. | 49 Sígfrido (La leyenda de) |
| 23 Cántico de Navidad. | 50 Historias de Esquilo. |
| 24 La Cabaña del tío Tomás. | 51 Historias de Herder. |
| 25 La Infantina de Francia. | 52 Historias de Gil Blas de Santillana. |
| 26 El Paraíso perdido. | 53 Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno. |
| 27 Los Lusiadas. | 54 Cuentos de Perrault. |

Cada tomo pesetas 2'50

CASA EDITORIAL ARALUCE

PÁGINAS BRILLANTES Y GRANDES HECHOS

- | | |
|--|-------------------------|
| 1 Cristóbal Colón. Su vida.
Sus viajes. | 10 Isabel la Católica. |
| 2 Historia de las Cruzadas. | 11 Jorge de Washington. |
| 3 Alvar Núñez Cabeza de
Vaca. | 12 El Duque de Alba. |
| 4 Francisco de Pizarro. | 13 Raimundo Lulio. |
| 5 Hernán Cortés. | 14 Don Juan de Austria. |
| 6 El Gran Capitán. | 15 Miguel de Cervantes. |
| 7 Juan Sebastián El Cano. | 16 Jerusalén libertada. |
| 8 El Cardenal Cisneros. Su
vida. Su obra. | 17 Leonardo de Vinci. |
| 9 Miguel Servet. | 18 Carlomagno. |
| | 19 Alejandro Magno. |
| | 20 Julio César. |
| | 21 Juana de Arco. |

A pesetas 3 tomo

LOS MEJORES CUENTOS PARA NIÑOS

10 TOMOS HOLANDESA

A pesetas 2 el tomo

- | | |
|--|---|
| 0 1 El gato con botas, y cua-
tro cuentos más. | 66 Hansel y Gretel, y tres
cuentos más. |
| 2 Caperucita roja, y tres
cuentos más. | 7 El posadero ladrón, y
dos cuentos más. |
| 3 El príncipe porquerizo y
cinco cuentos más. | 8 El violín mágico, y seis
cuentos más. |
| 4 La bella durmiente del
bosque, y cuatro cuen-
tos más. | 9 Blancanieve, y dos cuen-
tos más. |
| 5 Parsifal. | 10 La Cenicienta, y tres
cuentos más. |

CASA EDITORIAL ARALUCE

ENSEÑANZA DE HISTORIA NATURAL

- F Atlas de Historia Natural (Nuevo)
I, Mamíferos.—II, Reptiles.—III, Pe-
ces.—IV, Pájaros.—V, Mariposas.—
VI, Insectos.—VII, Minerales.—
VIII, Plantas.—IX, Gimnasia Sueca.—
(2.ª ed. con texto). Cada tomito ... hol. 2 ptas.
- E Atlas Zoológico. El Mundo de los Ani-
males (3.ª edición)hol. 12 >

Obras recomendadas para la juventud

- E Historias de leoneshol. A. Cabrera
- E Brotes de la Raza Abigail Mejía
- D Los Exploradores españoles del si-
glo XVI C. F. Lummis
- D La leyenda negra de España J. Juderías
- G El fin del imperio español de América ... André y Maurras
- G Bolívar y la Democracia M. André
- E Compendio de Historia Universal Ch. Richet
- E Luis de León. Estudio del Renacimiento
en España A. F. G. Bell

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE MADRID



5406004293